Comedias

8762

LLERMO HERNÁNDEZ MIR

Caricatura de TOVAR

MILIO G. DEL CASTILLO y DANIEL POVEDA

POLICHE

día del juicio

RAFAEL DE MIGUEL y J. PEREZ SOTO

50 céntimos.

NUM 83 17 DE SEPTIEMBRE DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 • MADRID • Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

HA PUESTO A LA VENTA

La obra de más éxito de Muñoz Seca y Pérez Fernández

Los extremeños se tocan

— y —

la comedia en tres actos original de Honorio Maura

Julieta compra un hijo

Precio: 5 ptas. ejemplar.

Los pedidos a EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez S. Pedro, 26.—Apartado 8.036.—MADRID

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

EMILIO G. DEL CASTILLO y DANIEL POVEDA

"POLICHE"

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

HENRY BATAILLE

TRADUCIDA AL CASTELLANO

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel el 4 de noviembre de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DIDIDER MEIREUIL «POLICHE» (42 años).	Sr. Tallaví.
BOUDIER (45 años)	»
SAINT-WAST (28 años)	» Aguilar.
LAUB (55 años)	» Requena.
EL GERENTE (50 años)	» Rodríguez.
FRANCISCO (35 años)	» Martínez.
UN MOZO DE RESTAURANT (32 años)	» Pedrosa.
LECOINTE (56 años)	» Díaz.
ROSINA (31 años)	Sra. María Gámez.
PAULINA (29 años)	» López Heredia.
TERESINA (22 años)	Srta. Villanova.
AGUSTINA (30 años)	Sra. Ana Siria.
UNA DONCELLA (24 años)	» Fernández.
SEÑORA DE LECOINTE (50 años)	» Pever.
MATRIMONIO JOURDENIEL (35 años).	»

613225

ACTO PRIMERO

Hall de un hotel restaurant en Saint-Cloud. Es el otoño; el establecimiento está ya cerrado. Dos mozos recogen todo melancólicamente y descuelgan las arañas, montones de sillas unas sobre otras, latas de galletas, etc., etc. Por los ventanales de foro se ve el parque, donde las hojas de los árboles amarillean. Llueve a torrentes. Impresión de melancolía. Puertas a derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, mozo de restaurant, y un MOZO.

FRAN. Anda, termina de arreglarlo todo. Hoy es el último día de servicio. Yo conservaré este «menú» en recuerdo de la temporada de verano. *(Leyendo.)* «Restaurant de Saint-Cloud» ¡Las cosas que he visto en él!... ¡Y el reuma que he cogido al servir por las noches en el parque!... *(Se oye dentro el sonar repetido de una bocina de automóvil, voces y carcajadas. El Mozo va a la ventana del foro. La abre y grita.)*

MOZO. No, señor. No se puede servir nada. El hotel está cerrado desde hace días.

VOZ. ¿Qué importa? Hemos tenido una avería en el automóvil. Mientras lo arreglan, ¿va usted a permitir que las señoras queden a cielo raso con esta lluvia?

MOZO. Tenemos orden de no recibir a nadie.

POLI. *(Dentro.)* Yo tengo tres carcajadas para esas órdenes *(Con gran inflexión de voz.)* ¡Ja, ja, ja!

¡Abrid la poterna!
¡Bajad el rastrillo!

(Carcajadas y gritos de mujeres.) ¡Adelante, más valientes mesnadas!

UNA VOZ. ¡Sí, sí; entremos!

FRAN. *(Asomándose a la ventana.)* Pero si yo conozco a algunos de los que vienen! El señor Meireuil, la señora de Rinck... en cuya casa he servido el año pasado...

MOZO. Vamos a abrirles. Siempre será una propina más

FRAN. Y una buena propina, de seguro. El gerente está en su despacho, quizá no se entere, y si se enfada, con despedirnos...

MOZO. Para medio día que nos falta de estar aquí...

FRAN. Vas a ver qué tipo más famoso este señor Meireuil

ESCENA II

Dichos. POLICHE, que entra por la izquierda, seguido de ROSINA, TERESINA, LAUB y BOUDIER, a los que ayuda a subir.

POLI. *(Desde el quicio de la puerta.)* ¡Adelante! ¡Sus y a ellos!... La muralla está indefensa. Entrad todos. Si hay que caer, caeremos con gloria. ¡Yo el primero! La mano, Teresita; arriba, Rosina; adelante, bella Paulina. ¡Dios sea loado! Hemos tomado la plaza sin disparar un solo tiro!

MOZO. *(Adelantándose.)* Caballero, yo le aseguro que este hotel...

POLI. *(Rápido, alegremente.)* El infeliz tiene un pelo en la boca y no puede continuar.

MOZO. ... que este hotel está cerrado.

POLI. Ya lo hemos notado.

MOZO. Que no podemos servirles nada.

LAUB. Llame usted al gerente, y hablaremos.

POLI. Sí, avísale. Es amigo mío. Ha envenenado con sus comidas a tres usureros y dos sastres a quienes debía yo treinta mil francos. ¡Desde entonces, le adoro!

TER. Este Poliche es delicioso. Siempre de buen humor.

ROSI. Lo que es hoy se ha lucido. Bonito día de campo nos está haciendo pasar.

PAUL. Hoy no ha estado a la altura de su reputación.

POLI. ¡Eh! ¡Poco a poco! No es culpa mía.

ROSI. ¿Que no? ¡Todavía se atreve a decirlo! ¡Hay para matarle!

TER. ¿Conque no ha sido usted quien tuvo la desdichada idea de hacernos venir a presenciar ese duelo en pleno bosque, asegurándonos que acudiría todo París?

POLI. ¿Podía yo adivinar que hoy se reestrenaba el diluvio, y que los adversarios entrarían en un coche para no mojarse?

PAUL. De sobra sabía usted que estaba convenida la reconciliación sobre el terreno. Esas cosas se conciertan de antemano.

POLI. A mí me hizo creer que era un duelo formal, el que no habían encargado comida en ningún restaurant de los alrededores. Yo no podía presumir lo que ha sucedido; que traían el almuerzo de reconciliación en cestas de viaje, para mayor economía.

ROSI. Y para colmo de desgracia, nos ocurre la panne del automóvil en pleno chaparrón.

POLI. ¡Quejaros! A dos pasos de este hotel, donde ahora estáis abrigaditas como..., como la tórtola en su nido. Es bien poético...

LAUB. Un hotel donde no quieren recibirnos.

PAUL. Donde, según parece, no hay nada de comer.

TER. Si al menos nos pudiéramos secar... Yo estoy hecha una sopa.

POLI. ¡Que me sirvan esa sopa!

PAUL. ¡Yo me muero de frío!

PAUL. Ese es asunto de su marido de usted.

ROSI. Y yo de tristeza. No conozco nada más lúgubre que un establecimiento de estos en otoño..., tan oscuro... Las sillas amontonadas... Y de todo esto es Poliche el culpable.

TODOS. ¡Sí, Poliche! ¡Abajo, Poliche!

POL. ¿Abajo? *(Sigue a la escalera de mano que hay en escena.)* Si creéis que suicidándome pago mi culpa, dispuesto estoy. ¡A la una, a las dos!...

FRAN. *(Acercándose a Rosina.)* Buenos días, señora... ¿La señora está bien?

ROSI. ¡Cómo! ¡Francisco! ¿Sirve usted en este hotel?

FRAN. He servido este verano.

ROSI. Mira, Poliche. ¿No has conocido a Francisco?

POLI. ¿Qué Francisco, el que tuviste de cocinero el mes pasado?

ROSI. No; el otro, el que estuvo hace un año sirviendo en mi casa.

POLI. ¡Ah, sí! El primer Francisco. *(Con una reverencia muy cómica.)* ¡Salud, Francisco primero! *(Todos ríen.)*

FRAN. Usted siempre de broma, señor Meireuil. *(Baja Poliche de la escalera. Entra el Gerente.)*

ESCENA III

Dichos y el GERENTE.

ELLAS. *(Con alegría.)* ¡Ya está aquí el Gerente!

POLI. ¿Oye usted cómo le reciben estas señoras? Su alegría quiere significar que esperan de usted asilo y algo con qué reparar sus estómagos. Se contentarán con muy poco.

GER. Yo accedería con mucho gusto, pero el hotel se ha cerrado hace cinco días. No tenemos cocinero, ni...

POLI. ¿Pero tendrán ustedes una cacerola, huevos y chocolate?

GER. Seguramente.

POL. Con eso basta. Nos pasaremos sin cocinero. ¡Abajo los cocineros que tienen el gorro blanco y las manos negras! Yo mismo os voy a confeccionar una tortilla sorpresa. La célebre tortilla Didider. ¡Cosa rica! A condición de que no habéis de chuparos los dedos.

ROSI. ¡Bravo, Poliche! ¡Siempre el mismo!

GER. Pero, caballero...

POLI. No hay «pero» que valga. Estas señoras quieren tomar algo y nosotros estamos dispuestos a complacerlas, aunque usted intente echarnos de aquí con la fuerza de las bayonetas de todos los ejércitos, de todos los países.

GER. Lo pide usted de un modo tan cortés... Pero tendrán que contentarse con mesas sin manteles y platos modestos. Está todo empaquetado.

TER. En la guerra como en la guerra.

ROSI. Y muy agradecidos. Es usted muy amable.

GER. Francisco; arreglen ustedes, como les sea posible, una mesa en el comedor. *(Abre la sala de la derecha, que tiene una gran puerta vidriera.)*

POLI. Y ahora, si tiene usted la bondad, dé orden en la cocina de que preparen lo necesario. En seguida voy yo.

GER. Muy bien. *(Inclinándose.)* Señoras... *(Durante el diálogo se van quitando los personajes los abrigos de automóvil y reparando el desorden de su toilette.)*

PAUL. *(Asomándose a la ventana.)* Mirad qué preciosa terraza. En verano esto debe ser encantador.

LAUB. ¿Y el jinete que nos seguía?

PAUL. ¿Saint-Wast? Supongo que no se habrá extraviado.

POLI. Cuando le dejamos atrás, le grité la dirección de este hotel. No tardará en venir ni cinco minutos.

ROSI. Bueno se habrá puesto con la lluvia.

TER. Yo lo siento más por el pobre caballo. El caballero no me da lástima.

LAUB. ¿Lástima? Yo estaba por desearle una pleuresía. Ha podido venir en el auto con nosotros, y no querer lucirse ante las damas, con sus galopadas y caracoleos.

ROSI. No olvide usted que yo no le había invitado.

LAUB. ¿De qué le conoce usted, Rosina? Me es muy antipático. *(Protestas de las señoras.)*

ROSI. Yo le encuentro muy agradable.

PAUL. ¡Vaya si lo es!

LAUB. ¡Claro! Para ustedes, sí. Ya he visto que les hace la corte. *(Las damas protestan.)*

ROSI. Conocí ayer a ese caballero en casa de mi amiga Simona de Vernuil; al saber que vendríamos a presenciar el duelo, manifestó deseos de acompañarnos y no estaba en mí el impedírselo.

LAUB. Espero que no le invitará más. Siempre mezcla usted en nuestras diversiones al primer fastidioso que encuentra a mano.

ROSI. Supongo que eso no lo dirá usted por el señor Boudier.

LAUB. ¡Claro que no! Este caballero es un íntimo amigo de Poliche. No puede, por lo tanto, molestarme su presencia.

BOUD. Sería, en todo caso, por muy poco tiempo. Dentro de unos días regreso a Lyon.

ROSI. Espero que cuando vuelva usted a París, no se olvidará de mi amistad.

BOUD. Me honra demasiado para no recordarla.

PAUL. ¿Alguna de vosotras tiene un espejito? Quisiera arreglarme el peinado y empolvarme.

LAUB. Esa coquetería es por el centauro que nos sigue. Por mí, que soy tu marido, no la harías.

PAUL. *(Desdeñosa.)* ¡Naturalmente!

LAUB. *(Colérico.)* ¡Señora!...

PAUL. No me llames «señora» en ese tono de drama del año cuarenta.

LAUB. Señora; de continuar así, llegará día en que será inevitable nuestra separación.

PAUL. ¿Seguramente? No lo esperes, pichón; no acaricies tan bello sueño. Viviremos juntos eternamente.

POLI. ¡Y os enterrarán juntos!

LAUB. ¡Ah, eso sí que no! Por lo menos, quiero estar solo allí abajo.

ROSI. ¡Pero que siempre ha de andar a la greña este matrimonio! Pasemos al comedor, que tiene espejos, a arreglarnos un poco. *(Van a entrar en el comedor, pero Teresina, que ha ido a mirar por las ventanas del foro, grita que viene el que esperan y todas las señoras acuden precipitadamente.)*

TER. ¡Ya viene! ¡Ya está aquí!

ROSI. *(En la ventana, hablando con el que se supone fuera.)* ¿Se ha mojado usted mucho?

PAUL. *(Gritando tras de las otras para ser advertida.)* Temíamos que se hubiese usted perdido.

ROSI. Deje el caballo... Ahí, a la derecha..., y venga pronto...

LAUB. ¡Pensar que todo esto ocurre por haber querido ver un duelo que no hemos visto!...

ESCENA IV

Dichos y SAINT-WAST.

SAINT. *(Entrando.)* Señores...

ROSI. Ya está aquí el centauro.

TER. Y no se ha mojado apenas. Es un centauro impermeable.

SAINT. ¿No nos podrían servir una copa de Oporto para entrar en calor?

BOUD. Están preparando un pequeño almuerzo.

SAINT. Mientras tanto no vendría mal una copa de buen vino. ¿No hay por ahí ningún camarero?

LAUB. Aquí estaba hace poco.

POLI. Yo le llamaré. *(Lanza una especie de sonido gutural extraño.)*

TER. ¿Qué es eso?

POLI. El grito del avestruz. Los camareros lo entienden a la perfección.

ROSI. *(Riendo.)* ¡Qué cosas dices!

POLI. ¡Oh, el avestruz!... Sería un animal hermoso si no tuviera el defecto de parecerse a Amelia, la encargada del Bar de la calle de Rívoli. *(Entra el Mozo.)* ¿Lo veis? Si sabré yo... Mozo..., ¿tienen una botella de Oporto?

MOZO. Oporto, no. Pero hay una de vino de Madera.

SAINT. Vaya por el Madera.

POLI. A mí me servirás otra cosa.

MOZO. ¿Qué desea el señor?

POLI. Una copita de licor: «Benais itamer consoli meceda» con dos gotas de «Zambrilabarian royal», pero que sea de buena marca.

BOUD. ¡Este Didider!... *(Riendo.)*

POLI. ¿A qué espera usted? *(El Mozo va a salir, encogiéndose de hombros.)* ¡Ah, para mi amigo Boudier, un refresco de «Copolina fulatirian, de Holanda, y de morsatinis labiano verde», bien cargadito.

MOZO. *(Amoscado.)* Siento decirle al señor que de eso no nos queda. *(Mutis.)*

BOUD. ¡Pero este Didider!... Yo no salgo de mi asombro. Para el que le ha tratado tanto como yo, parece cosa de magia. Hace un año que dejé de verle en Lyon y es otro.

LAUB. ¿No era antes así?

POLI. ¡Qué tontería! Siempre he sido lo mismo.

BOUD. ¡Calla, por Dios! Si es una transformación completa. Antes era un muchacho dulce, reservado, tímido... *(Carcajada general.)*

LAUB. ¿Tímido Poliche? Usted le confunde. ¡El descaro en persona!

BOUD. Señores, le conozco desde niño. Muy bien educado por sus padres, era comedido, prudente, incapaz de decir una palabra más alta que otra.

POLI. Me parece que el amigo Boudier se quiere burlar de todos ustedes.

BOUD. Ya sabes tú que no. Un año en París ha bastado para este cambio tan radical.

LAUB. Como que hoy, y a causa de su desenfado, Poliche es célebre en los bulevares.

TER. Y le han detenido por escándalo público... ¿Cuántas veces, Popó?

POLI. No llevo la cuenta.

LAUB. Es el hombre que goza de mayor fama de gracioso en París.

PAUL. Estar a su lado es tener segura la alegría.

ROSI. Menos cuando sucede lo que hoy, que nos está dando un día...

POLI. Oye, monina. ¿Cuando me haya muerto, vas a ir todos los días a mi sarcófago a seguir reprochándomelo?

PAUL. Lo merecía usted. Si Saint-Wast ha cogido una pulmonía, ¿quién tendrá la culpa?

SAINT. ¡Oh, señora! No tema usted; estoy entrenado. He seguido los cursos en la escuela de Caballería de Saumur. El que se ha sometido a aquel régimen de vida, puede desafiar impunemente la lluvia y el sol. *(Entra el mozo con botella y copas.)*

ROSI. ¿Y dejó usted el ejército?

SAINT. Pedí la separación por razones políticas.

POLI. *(A Saint-Wast.)* Pero ¿no bebe usted?

SAINT. Antes quisiera lavarme las manos.

MOZO. Aquí hay un lavabo, señor. *(Señalando uno que habrá a la derecha.)*

ROSI. Entretanto, nos arreglaremos nosotras.

PAUL. *(A Laub.)* ¡Ay, amigo mío! Me he dejado mi bolso en el auto. Si fueras tan amable... *(Sale Laub.)*

TER. Y de paso prepararemos la mesa para la tortilla de Poliche. ¿Qué tal va?

POLI. Espero a que me avisen de la cocina de que está todo dispuesto.

MOZO. Ya lo está, señor.

POLI. Voy al instante.

ROSI. En confianza. ¿Se podrá comer?

POLI. *(Con énfasis.)* ¡La tortilla Didider es célebre en todo el mundo! ¡Pídase en fondas y restaurants! Yo he dado mi nombre a una tortilla, ya que aún no he tenido ocasión de dárselo a un hijo. *(Las damas pasan al comedor y cierran la gran puerta vidriera.)*

ESCENA V

POLICHE, BOUDIER, SAINT-WAST. Después, FRANCISCO.

POLI. Yo también he de lavarme. He guiado el auto un buen rato...

SAINT. *(Con el jabón en la mano, cediéndole el puesto en el lavabo.)* ¿Quiere usted...?

POLI. De ningún modo. Después que usted.

SAINT. Es encantadora su amiga la señora de Rinck.

POLI. *(Apresuradamente.)* Sí, sí. Rosina es una buena muchacha. Pero ¿no ha reparado usted en el matrimonio Laub-Paulina?; es deliciosa, y él graciosísimo.

SAINT. He podido observar que riñen constantemente como dos personas que se idolatran.

POLI. ¡Qué grave error! Se odian... cordialmente.

SAINT. ¿Sí? *(Pausa.)* ¿Quiere usted el jabón?

POLI. *(Ocupando en el lavabo el puesto que le cede Saint-Wast. Mientras éste se seca las manos con la toalla.)* Gracias. El es un rico comerciante en perlas de la calle de Auber, retirado ya de los negocios. Ella no tenía un céntimo, le volvió loco con cuatro coqueterías, y él, verdaderamente enamorado, la hizo su mujer. Desde entonces viven en continua guerra, porque él es celoso y tiene un miedo terrible a ser un marido... ridículo, y ella, es lo bastante inteligente para mantener, aun en su ánimo, la duda de si lo será o no. Pero nuestro hombre se venga de estas dudas diciendo a cada paso: «Señora; ayer he hecho un testamento en que la desheredo a usted completamente».

SAINT. Muy cómico lo que usted me dice.

BOUD. Es una mujer de grandes atractivos.

POLI. Y distinguida. Paulina es un encanto. Se la recomiendo a usted.

SAINT. Muy agradecido... ¿Quiere usted la toalla?

POLI. *(Hace una inclinación de cabeza y la toma de manos de Saint-Wast. En este instante atraviesa la escena Francisco. Poliche se vuelve a él y le dice.)* ¿De modo que ahora estás colocado aquí?

FRAN. Durante el verano, sí señor. ¡Cuánto me he alegrado de ver a la señora! Por cierto que la he encontrado como nunca de bien.

POLI. ¿Verdad que sí?... Anda enséñame el camino de la cocina, que voy a entendérmelas con mi sartén.

FRAN. Por aquí, señor. *(Indicándole una escalerita interior que desciende hasta el sotáno, seguido de Francisco.)*

ESCENA VII

SAINT y BOUDIER.

SAINT. ¿Ese camarero ha servido en casa de su amigo Didier?

BOUD. No. No. En casa de Rosina de Rinck, según creo.

SAINT. ¡Ah!... ¿No es lo mismo? *(Pausa.)* ¿Una copita de Madera? Me figuro que será detestable. *(Beben los dos al lado de la mesita.)*

BOUD. *(Después de haber bebido.)* Ha acertado usted. *(Entra Laub y vase al comedor.)*

SAINT. ¿Su amigo, por lo visto, es el alma de esta pequeña sociedad?

BOUD. Eso parece. Estoy poco enterado. Sólo hace unos días que llegué a París...

SAINT. Yo le estimaré que me dé algunas noticias. A cada paso temo cometer una indiscreción. No conozco a la señora de Rinck más que desde ayer y a sus amigos desde hoy. Mi situación es algo violenta...

BOUD. En lo que pueda servirle...

SAINT. ¿Rosina de Rinck, es efectivamente la viuda del rico vendedor de específicos?

BOUD. La misma. Su marido murió hace varios años dejándole una gran fortuna. Es todo lo que he podido averiguar, porque repito, que soy tan nuevo en este grupo como usted. Mi antiguo amigo Didider Meireuil, es quien me ha presentado a Rosina.

SAINT. *(Con intención.)* Su mejor amiga, ¿verdad?

BOUD. Así lo creo, a juzgar por lo amablemente que me ha acogido.

SAINT. ¿Qué juicio ha formado usted de esa mujer?

BOUD. La señora de Rinck, es la dama que causa sensación, cuando, seguida de cinco o seis, hace su entrada en casa de Durand o en el Café de París.

SAINT. Cuantas veces me he debido tropezar con este grupo bullicioso, que siempre, en bandada, como las perdices, recorre los sitios de moda, llena los palcos de los teatros y las mesas del centro en los cabarets, con su Poliche a la cabeza. Muy curiosa y muy parisiense esta sociedad de burguesía que ha roto sus trabas, y en la que se encuentra un poco de todo, como en la ensalada rusa.

BOUD. En efecto, bien parisiense y demasiado alegre. Comprendo que esta contagiosa alegría haya influído en mi amigo, hasta el punto de convertirle en otro hombre.

SAINT. ¿Alegre esta gente? Mi impresión es que son todos ellos unos desdichados que se aburren desesperadamente, fingiendo una aparente alegría para excitarse los unos a los otros.

BOUD. ¿Usted cree?...

SAINT. En la mirada de alguna de estas mujeres se lee como una súplica para que se les arranque del horroroso tedio en que viven. Sería agradable tarea pescar en este río revuelto. Y no hablo por mí. Amo mucho mis caballos y mi libertad para imponérmela.

TER. *(Llamando desde el comedor, sin abrir la puerta vidriera.)* ¡Poliche! Venga usted a ayudarnos. Hay que cambiar de sitio las mesas.

BOUD. *(Va a la puerta y la abre.)* Mi amigo Didider ha bajado a la cocina.

TER. Si fuese usted tan amable que nos ayudase...

BOUD. *(A Saint-Wast.)* Con su permiso...

SAINT. No faltaba más. *(Boudier entra en el comedor.)*

ESCENA VIII

SAINT-WAST y FRANCISCO.

SAINT. *(A Francisco, que sube de la cocina.)* ¿Usted ha servido en casa de la señora de Rinck?

FRAN. Sí, señor. Cerca de un año. ¿Tiene algo que mandarme el señor? *(Toma la bandeja que dejó sobre la mesita y va a hacer mutis.)*

SAINT. ¿Estaba usted en casa durante su... su... amistad con el señor Mei..., no recuerdo cómo?

FRAN. ¿El señor Meireuil?

SAINT. Sí; eso es. Tenga usted un luis. *(Lo deja sobre la bandeja.)* Luego me traerá un sello de diez céntimos, y guardará la vuelta.

FRAN. Gracias, señor.

SAINT. Y diga usted, entre nosotros: ¿Qué clase de persona es el señor Meireuil?

FRAN. De primera. Siempre alegre y bromista y nunca orgulloso, ni enfadado. A la señora le divertía mucho.

SAINT. ¿Y no vive un poco... a costa de ella?

FRAN. ¿Cómo? ¡No, señor! ¡De eso respondo! Es un hombre rico. Tiene una gran renta, de no sé qué propiedades, y es muy espléndido.

SAINT. Desde luego hay algo entre él y la señora de Rinck.

FRAN. *(Púdicamente.)* ¡Oh! Yo no sé nada. Soy un criado que jamás ha mirado por las cerraduras.

SAINT. *(Dejando un segundo luis en la bandeja.)* Tenga usted, para que me traiga otro sello.

FRAN. Señor...

SAINT. Y dígame lo que cree..., los indicios que tenga... Yo le ayudaré... ¿Usted se figura que hay relaciones íntimas entre el señor...

FRAN. ¿Y la señora? Todo cabe en lo posible.

SAINT. ¿Y de qué deduce usted esa posibilidad?

FRAN. *(Riendo socarronamente.)* De haberles entrado muchas veces el chocolate por las mañanas. *(Entra del corredor Paulina, seguida de Teresina.)*

ESCENA IX

Dichos. PAULINA, TERESINA.

PAUL. (*Irónica, al verle hablando con Francisco.*) ¡Muy bien! (*Francisco hace una inclinación y se retira.*) No es muy brillante lo que estaba usted haciendo.

SAINT. ¿Qué hacía yo?

PAUL. Sonsacar al antiguo criado de Rosina.

SAINT. ¡Por Dios! No lo crea usted.

PAUL. Si desea informes de Rosina yo se los puedo dar. Rosina es orgullosa, insoportable, poco inteligente, voluble...

TER (*Riendo.*) ¡Calla, mujer! ¡Que va a creer que lo dices en serio!

SAINT. No. Ya me figuro que es una broma.

PAUL. Como en todas las bromas hay siempre un fondo de verdad... En fin, yo reconozco que mi amiga Rosina es hermosa, inteligente, distinguida..., etc., etc... ¿A qué voy a regatearle perfecciones, ya que por desdicha ha entrado en una edad en que le van a durar tan poco? La pobre ha cumplido los treinta y seis.

SAINT. No los representa.

TER. No la haga usted caso. Dista mucho de tener esa edad.

PAUL. Pues la merece.

SAINT. Rosina es una mujer que está entre las dos edades que hacen adorable su sexo.

PAUL. ¿Que está entre dos edades? ¡Justo! Entre la que ella asegura tener y la que le suponemos los demás.

TER. ¡Qué cosas dices!

PAUL. ¿Yo? ¡Si la adoro! Rosina es una de mis mejores amigas.

SAINT. (*Irónico.*) Más que amiga, una hermana.

PAUL. Una hermana mayor, sí; y sería capaz de echarme al fuego por ella.

SAINT. No sería usted sola. Yo creo que ese señor... Poliche, se arrojaría a una hoguera por satisfacer un capricho suyo

PAUL. No es el mismo afecto.

SAINT. Verdad. Porque Poliche es el amante de Rosina. ¿No es así?

PAUL. ¿Le interesa a usted mucho saberlo?

SAINT. Por las torpezas que en lo sucesivo pudiera evitarme....

PAUL. Contesta tú, Teresina. ¿Es Poliche un amante? ¿Se le puede llamar así?

TER. Por lo menos. Rosina prefiere que no se hable de eso. Es un amante, pero no es un amado. Esa es la diferencia.

SAINT. Verdaderamente. sería inexplicable su predilección por un hombre tan..., tan..., un...

PAUL. Dígalo usted claro. Un polichinela, como le llamamos todos.

SAINT. Es cierto, que no es de lo más seductor...

PAUL. Puede que eso sea una razón. Las razones por las cuales una mujer ama a un hombre, son siempre razones ocultas a nuestros ojos.

SAINT. Lo indudable es que viven juntos.

TER. ¡No, no señor! Se separan muy poco, pero no están juntos.

SAINT. Admirable definición.

PAUL. Teresina en ocasiones tiene ingenio..., un ingenio un poco vulgar, pero... (*Aparte a Teresina.*) ¿Quieres demostrarnos que no eres vulgar en esta ocasión?

TERE. Sí. ¿Qué hay que hacer?

PAUL. Dejarme cinco minutos a solas con Saint-Wast. Tengo que consultarle sobre un asunto.

TER. Hecho. (*Da media vuelta, saluda militarmente y hace mutis.*)

ESCENA X

SAINT-WAST y PAULINA.

PAUL. ¿Le interesa a usted mucho Rosina?

SAINT. Me intriga—que no es lo mismo—sus amores con un tipo tan... (*Con desdén.*), tan chistoso.

PAUL. Teresina ha dicho a usted la verdad. Mi amiga se aburre extraordinariamente. Poliche, con sus bromas, logra distraerla y alejar su «spleen», y en compensación...

SAINT. Lo suponía.

PAUL. (*Fingiendo un poco de indignación.*) Pero, ¿sabe usted que es admirable su aplomo, al interrogarnos a todas con ese cinismo? ¿Quién le ha autorizado para que así penetre en las intimidades de nuestra vida y para obtener nuestras confidencias un hombre al que aún no hace seis horas que tratamos?

SAINT. En ese tiempo hay lugar de conocerse muy bien; mejor que nos conocemos nosotros.

PAUL. Hay personas que en ese tiempo, hasta habrían ya regañado. (*Pausa.*)

SAINT. ¡Qué collar más lindo lleva usted! ¿Valdrá una fortuna?

PAUL. Lo ignoro.

SAINT. Es verdad. Su marido comercia en joyería. A usted las perlas no le cuestan nada.

PAUL. Se engaña usted. Mi marido me las vende.

SAINT. ¿En cuánto?

PAUL. Un beso cada una.

SAINT. Se ve que es comerciante. Hace un gran negocio. Así se explica que el collar sea tan largo.

PAUL. Como que representa algunos años de matrimonio.

SAINT. Entonces es corto. Su marido la engaña seguramente. Equivoca las cuentas en su favor.

PAUL. Muchas veces me he puesto a pensar quién de los dos será el más engañado.

SAINT. ¡Ah! ¿Confiesa usted...?

PAUL. Me refiero a las perlas. Por lo demás, ¿qué puede a usted importarle?

SAINT. Desea saberlo un amigo mío.

PAUL. ¿Es de los que necesitan que les den ánimos?

SAINT. Responda usted en serio. ¿Sí o no?

PAUL. Si le dijese a usted que sí, me creería... y si le dijese que no, sabe Dios lo que creería usted.

SAINT. Lo mismo.

PAUL. ¿Por qué?

SAINT. Porque su esposo no es digno de una mujer tan encantadora.

PAUL. ¿No es mejor que dejemos en paz a mi marido? No voy a cambiarlo por otro para complacer a usted.

SAINT. No pido yo tanto.

PAUL. Además, es una desgracia que puede ocurrirle a todo el mundo. Mire usted Rosina. Esa es mucho más desgraciada que yo. Tiene un polichinela por amante. Ninguna de las dos podemos envanecernos.

SAINT. Un amante tiene menos importancia.

PAUL. Se equivoca usted, amigo mío. Un marido feo se puede mostrar a todo el mundo; un amante feo hay que ocultarlo... ¡Pero, Jesús! ¡Las tonterías que estamos diciendo hace un cuarto de hora!

SAINT. Sin decir lo esencial. Y el tiempo vuela...

PAUL. ¡Ay, qué hombre éste! ¿Quiere usted que mañana tomemos juntos el te de las cinco?

SAINT. ¿En su casa?

PAUL. No. En el te del boulevard Haussmann.

SAINT. ¿Estará usted sola... o acompañada?

PAUL. (*Insinuante.*) ¿Cómo prefiere usted?

SAINT. Sola

PAUL. Sea.

ESCENA XI

Dichos. POLICHE. Después, TERESINA, ROSINA, LAUB, BOUDIER, del comedor. Por último, el GERENTE.

POLI. (*Que sube de la cocina, vestido de camarero, con delantal, chaquetilla, paño, etc. Y con una bandeja de refrescos, se acerca a Saint-Wast, que está vuelto de espaldas y le dice en voz*

fingida.) ¿Quiere el señor un refresco de piña? Es la especialidad de la casa.

SAINT. *(No reconociéndole.)* No; gracias, camarero. *(Siguen hablando en voz baja.)*

POLI. *(Poniéndole el refresco en las narices.)* Perdone que insista. El refresco le sentará admirablemente.

PAUL. *(Que le mira y le reconoce.)* ¡Poliche! ¡Pero si es una broma de Poliche!

POLI. *(Corre alegremente a la puerta del comedor, la abre y grita.)* ¡Señoras y caballeros! Entren todos y pidan lo que quieran. ¡Todo es nuestro! *(Entran en escena todos riendo.)* ¡Ataque a las provisiones de un restaurant por varios patagones hambrientos! ¡A las cajas de galletas! *(Se precipita sobre varias cajas de galletas apiladas en uno de los laterales. Las cajas están vacías; al verlo Poliche, las va arrojando al centro de la escena con gran estrépito. Todos ríen a carcajadas y él les obliga—salvo a Saint-Wast y Boudier—a bailar golpeando las latas con los pies, una especie de danza salvaje, cogidos de las manos.)*

GER. *(Apareciendo. Todos cesan de bailar. A Poliche.)* Caballero, yo le suplico que tenga un poco de seriedad. Soy el gerente y...

POLI. ¿Conque es usted el gerente? Pues continúe en su cargo. Le autorizo. *(Va al lado de Boudier.)*

GER. Yo no puedo permitir... *(Recogiendo las latas.)*

ROSI. *(A Teresina y Paulina, por Poliche.)* Y está muy bien de camarero.

PAUL. *(Con intención.)* Sí; parece que ha nacido para eso. *(Se vuelve a hablar con Saint-Wast.)*

POLI. Querido gerente; no se incomode usted y dígame si lleva encima, por casualidad, un poco de canela.

GER. En el armario de la cocina debe haber.

POLI. Haberlo dicho. Vamos allá. *(Le echa el brazo por el hombro y le arrastra hacia la escalerilla, por la que descienden.)*

ESCENA XII

Dichos, menos POLICHE y el GERENTE.

ROSI. *(Para separar a Paulina de Saint-Wast.)* Amigo Boudier; lleva usted en la corbata una perla hermosísima.

BOUD. *(Modestamente, quitándose el alfiler de corbata.)* Es un regalo de mi mujer por el día de mi santo.

ROSI. Paulina, mira qué cosa más linda. A usted, amigo Laub, que es artista en esta materia, le agradará. *(Paulina y Laub se acercan a la ventana donde están Rosina y Boudier y contemplan la alhaja.)*

TER. *(Yendo junto a Saint-Wast, que está en primer término, y aparte al mismo.)* No soy curiosa, pero ¿a quién hace usted la corte? Durante el paseo, me figuré que era a Rosina, y ahora creo que es a la señora de Laub.

SAINT. Pregunta indiscreta, pero voy a contestarla. Cuando me decida a hacer la corte a alguna, será a la encantadora Teresina.

TER. *(Con ingenuidad.)* ¿A mí? Perderá usted el tiempo. Yo soy una mujercita formal y fiel al hombre que amo.

SAINT. ¿Quién es ese mortal dichoso?

TER. Un pintor muy conocido: Rolsini. ¿No ha oído usted hablar de él?

SAINT. *(Desdeñoso.)* En la vida.

TER. *(Picada.)* Pues aunque usted no le conozca, somos muy felices y nos queremos mucho. Así es que de mí no espere usted nada.

SAINT. Eso quiere decir que de sus amigas...

TER. Usted sabrá. *(Y le deja con la palabra en la boca, yendo al grupo.)* Amigos; es preciso inventar alguna cosa para distraernos.

PAUL. Hablemos de amor.

ROSI. ¡Sí, sí!...

TER. Está tan pasado de moda... Ya no se sabe qué decir.

ROSI. *(A Saint-Wast.)* Tendríamos gusto en conocer la opinión que tiene del amor un sportman como usted.

TER. Lo pondrá en duda, como todos.

PAUL. Siendo la única verdad que existe.

ROSI. Responda a nuestras preguntas. ¿Cómo se conquista el corazón de las mujeres?

SAINT. *(Después de pensar un momento. Sentencioso.)* Hay dos maneras de conquistar a las mujeres: subyugándolas por la emoción, o... enlazándolas por el talle.

ROSI. Muy bien.

LAU. *(A Boudier.)* Eso lo he leído yo en un periódico ilustrado en mi peluquería.

ROSI. *(A Saint-Wast.)* ¿Tiene usted un carnet de bolsillo?

SAINT. *(Sacando la cartera.)* Sí. Aquí.

ROSI. Arranque usted tres hojas. Nosotras escribiremos en ellas nuestra opinión personal sobre el amor, y usted, que aún no conoce nuestra letra, adivinará quién es la autora de cada pensamiento, por el estilo.

SAINT. Ahí van las hojas y el lápiz. *(Dando tres hojas que arranca del carnet.)*

ROSI. Tú la primera, Teresina.

TER. Bueno; que no miren los caballeros.

LAUB. *(Aparte a Boudier.)* ¿Un cigarrillo? *(Se separan a fumar.)*

TER. Ya está. *(Pasa el lápiz a Paulina.)*

ROSI. *(Aparte a Teresina.)* ¿Eres capaz de hacer lo que voy a pedirte y guardar el secreto?

TER. Basta que tú lo desees.

ROSI. Propón, dentro de unos minutos, que demos una vuelta por el jardín. Ya ha cesado de llover.

TER. ¿Y si rehusan?

ROSI. Es preciso que acepten.

PAUL. *(Tendiendo el lápiz a Rosina)* Ahora tú, Rosina.

ROSI. *(Después de haber escrito. Doblando el papel.)* Dadme un sombrero.

BOUD. ¿Sirve el mío? *(Ofreciéndoselo.)*

ROSI. *(Tomándolo.)* El sombrero de la inocencia. Sí. *(Mueve los papelitos dentro del sombrero. Saint-Wast saca uno.)*

TER. Tema: «El amor».

SAINT. *(Leyendo.)* «Pensar en él siempre, sin hablar de él nunca.» *(Pequeña pausa.)* Me parece que esto lo ha escrito Teresina. *(Saca otro papel y lee.)* «¡Si se pudiera volver a empezar!»...

LAUB. *(Aparte a Boudier.)* Ese lamento es de mi mujer.

ROSI. Adivine usted quien desearía volver a empezar.

SAINT. Usted, Rosina.

PAUL. Y el último, por consecuencia, debo haberlo escrito yo.

TER. Veamos el último.

SAINT. *(Leyendo.)* «El amor debería ser siempre lo más hermoso. Procure usted quedarse...» *(Se detiene bruscamente.)*

TER. ¿Qué?

PAUL. Parece que continúa. Léalo usted todo.

SAINT. *(Plegando el papel vivamente.)* No; no dice nada más.

PAUL. Sí, sí. Estoy cierta de que continúa.

SAINT. Pero está tachado.

ROSI. *(Vivamente a Saint-Wast.)* Pues se ha equivocado usted en todos. «Pensar en él siempre sin hablar de él nunca»...

PAUL. Lo he escrito yo.

ROSI. «Si se pudiera volver a empezar», es de Teresina.

TER. He puesto eso, como podía haber puesto otra cosa.

SAINT. Entonces, es usted, Rosina, la que piensa que «El amor debería ser siempre lo más hermoso».

TER. No creo que te den un sillón en la Academia por ese pensamiento.

PAUL. *(Tratando de arrebatar á Saint-Wast el papel.)* Pero ¿no había escrito algo más?

ROSI. Lo he borrado.

PAUL. *(A Saint-Wast.)* Déjemelo usted ver.

SAINT. *(Metiéndose los papeles hechos una pelota en el bol-*

sillo.) ¡Oh, no! Quiero guardar los autógrafos como recuerdo.

ROSI. *(Bajo, a Teresina.)* (Haz lo que te dije.)

TER. ¿Quieren ustedes que demos una vuelta por el jardín antes de tomar la tortilla? Ya no llueve.

ROSI. No habrá tiempo.

LAUB. Vamos a preguntarlo. *(Va a la escalera por donde bajó Poliche, y llama.)* ¡Poliche!

POLI. *(Fuera.)* ¿Qué?

LAU. ¿Tenemos tiempo de dar una vuelta por el jardín?

POLI. *(Dentro.)* Diez minutos.

LAUB. Diez minutos. Vamos.

SAINT. Yo voy a aprovechar, para ver si le echan una manta a mi caballo.

ROSI. Y yo os aguardo aquí. Tengo dolor de cabeza.

PAUL. *(Con intención.)* ¿Quieres que me quede acompañándote?

ROSI. No; prefiero estar sola.

PAUL. Por ti prescindo con gusto del paseo.

LAUB. Vamos, Paulina. Más vale que se quede sola, a ver si puede descansar un rato y se le pasa. *(Volviéndose a Rosina.)* Es tan buena amiga de usted...

ROSI. ¡Es un ángel! *(Todos salen al jardín, menos Rosina y Saint-Wast. Este hace ademán de seguir a los otros, pero después del medio mutis, vuelve y cierra la puerta. Pausa.)*

ESCENA XIII

SAINT-WAST y ROSINA.

SAINT. *(Sacando uno de los papelitos del bolsillo, y leyéndolo en alta voz.)* «El amor debería ser siempre lo más hermoso. Procure usted quedarse a solas conmigo antes de que acabe el paseo. Tenemos que hablar». ¿Es usted quien ha escrito esto?

ROSI. *(Dándose polvos ante un espejito de mano, y sin volverse.)* Sí, yo. Sé lo que estará usted imaginándose, pero si he cometido esta incorrección...

SAINT. ¿Incorrección?

ROSI. Yo le aseguro que no es por lo que usted piensa.

SAINT. Yo no pienso nada.

ROSI. Es por prevenirle, caritativamente, de una torpeza irremediable que va usted a realizar.

SAINT. No comprendo...

ROSI. ¿Quiere usted que le repita todo lo que mi amiga Paulina le ha dicho? Lo primero, ha hablado a usted mal de mí.

SAINT. Usted se engaña.

ROSI. Y a continuación le ha invitado al te del boulevard Haussmann para mañana a las cinco.

SAINT. ¿Cómo sabe usted...?

ROSI. ¡Bah! Siempre hace lo mismo. A cada amigo nuevo que conoce, si éste le gusta, ¡paff!, le invita en seguida a tomar el te del boulevard Haussmann.

SAINT. ¿Y después que ocurre?

ROSI. Después, lo ignoro, pero debe ocurrir algo semejante a lo que hacía Barba Azul con sus mujeres. ¡Al armario! El invitado desaparece de la circulación y no le volvemos a ver. No sé si porque le tienen oculto, o por evitar una nueva invitación, pero es lo cierto, que me está dejando sin amistades... No vaya usted.

SAINT. ¿Dónde, a casa de Barba-Azul?

ROSI. Al te del boulevard Haussmann. *(Un silencio glacial. Saint-Wast sonríe.)* Pero, ¿qué digo yo? Es demasiado atrevimieno el mío. Jamás he tenido un impulso semejante..., se lo a seguro...

SAINT. Es usted deliciosa. *(Pausa.)* Rosina...

ROSI. ¡No; se acabó! Váyase de aquí. Déjeme.

SAINT. ¿Dejarla sin decirla que la adoro, que la idolatro?... Y usted..., usted también me quiere a mí.

ROSI. *(Rápidamente.)* ¿Que yo...?

SAINT. ¿Para qué negar, si lo que niegue su boca lo afirmarán sus ojos?

ROSI. ¿Sí?

SAINT. Durante el paseo, ha estado usted agitada, silenciosa, sin cesar de dirigirme miradas; nuestros ojos se han comprendido. Han brillado con la misma emoción. Rosina... *(La mira fijamente.)*

ROSI. No me mire usted así. Váyase.

SAINT. ¡Dígame usted que me quiere! ¿Verdad que me quiere?

ROSI. *(Con voz desfallecida.)* Sí... Estoy perdida... Me he sentido derrotada desde el momento en que ví a usted.

SAINT. *(Con alegría.)* ¡Rosina!

ROSI. ¡Hace tanto tiempo que deseo amar con verdadero amor! *(Pequeña pausa.)* No irá usted a tomar el te con esa mujer, ¿verdad?

SAINT. No; se lo prometo.

ROSI. Es que yo soy celosa, muy celosa. *(Con arranque.)* ¡Lo que me va usted a hacer sufrir!... Todavía no le conozco y ya me dan ganas de decirle: «No me engañarás nunca, nunca. ¿Verdad que no?

SAINT. ¡No, amor mío; nunca. *(Pausa.)* Y ahora, escucha;

antes de que los otros vuelvan. ¿Me permites que vaya esta noche a las diez a tu casa?

ROSI. Pero si desconozco su vida. ¿Es usted libre? ¿No hay nada que pueda impedir...?

SAINT. Libre completamente. Tú eres quien no lo está.

ROSI. ¿Quién lo ha dicho?

SAINT. El señor Didider...

ROSI. ¿Poliche? ¡Bah! De ese no hay que hacer caso.

SAINT. Sin embargo...

ROSI. ¿Supongo que no creerá usted que estoy enamorada de Poliche?

SAINT. Bueno, pero...

ROSI. *(Riendo.)* Lo que entre nosotros acaba de pasar debe probarle que no amo a nadie.

SAINT. Es cierto. Reflexionando...

ROSI. ¿A usted le gusta reflexionar? A mí no.

SAINT. ¡Ni a mí! Yo sólo quiero adorarte Rosina. *(La abraza fuertemente. Ella levanta la cabeza con coquetería, casi hasta la boca de él, esperando ya el beso final. Se contemplan así un instante, y por fin, se dan un beso. En este momento aparece Poliche, vestido de cocinero, con gorro, chaqueta y delantal blancos. Trae una cacerola de madera. Al verlos, denota en su cara terrible impresión que domina penosa, pero prontamente.)*

ESCENA XIV

Dichos y POLICHE.

SAINT. *(Apartándose de Rosina y tratando de colocarse en una actitud digna, dispuesto a dar cuenta de lo sucedido a la primera señal de Poliche.)* Caballero...

ROSI. *(Vivamente, en voz baja a Saint-Wast y tirándole de la manga.)* ¡Silencio! ¿Está usted loco?

POLI. Esperen a que me quite el delantal de servicio y deje la cuchara. ¿Lo permiten ustedes? *(Haciéndolo.)* Ya está.

SAINT. *(Con tranquilidad.)* Caballero, estoy a sus órdenes.

ROSI. Pero, ¿qué está usted diciendo, señor de Sain-Wast? Usted bromea.

POLI. *(Dominando un movimiento de cólera y fingiendo un tono ligero y burlón, ante la terrible mirada de Rosina.)* ¡Caramba, hijos míos! La verdad es que sois muy fastidiosos. ¿No podíais ocultaros detrás de un mueble? Ahora yo os podría hacer una escena de celos terrible. Si yo tuviera dos adarmes de sentido moral, os diría: «¡Sois unos miserables! ¡Unos miserables!» *(Transición.)* Pero no os lo digo, porque a consecuencia de una luxación que me produje en la rodilla cuando era niño, perdí comple-

tamente el sentido moral. Para otra vez sed más avispados y no me fastidieis arreglando vuestros asuntos ante mis narices.

SAINT. Caballero; yo no sé de qué modo debo interpretar sus palabras.

POLI. ¡De ninguno! El amor es el amor, y cada uno es libre de entenderlo como mejor le plazca; sin tener que dar cuentas a nadie. Rosina conoce mis ideas sobre este asunto; puede hacer cuanto le acomode... y yo también. Su única torpeza ha sido dar lugar a que yo os sorprendiese, porque, ¡pensad lo que hubiere ocurrido si llego a ser celoso! ¡Es horrible! ¡Os hubiera echado las manos al cuello y!...mi tranquilidad deshecha, mi vida llena de amargura, mi conciencia turbada por los remordimientos... Yo, que os lo juro, soy enemigo personal de esos estados de alma. Y después de todo, ¿tengo yo derecho a tener celos? ¡Yo no parezco un hombre, sino una morcilla que anda! *(Andando cómicamente.)*

ROSI. *(Mordiéndose los labios para no reir.)* Pero, Poliche...

POLI. No hay «pero» que valga. ¡Se acabó! No vamos a pasarnos horas y horas mirándonos con ojos estúpidos, de muñeca de cartón. Iros al jardín, a la calle, donde queráis, pero dejadme en paz. Mi tortilla es mil veces más interesante que vosotros. Vamos a comérnosla tranquilamente. Mirad; ya vuelven nuestros amigos. *(Va a la puerta del jardín, por donde entran los otros.)* Papá Laub, contigo será la tortilla antes de un minuto, para que nos hagas platos con tu habitual maestría. ¡Tengo un hambre de mil demonios!

ESCENA XV

Dichos. LAUB, PAULINA y TERESINA, del jardín. Después, BOUDIER. POLICHE coge la cacerola de cobre y golpea furiosamente en ella con la cuchara. Va, viene, escandaliza. ROSINA y SAINT-WAST hablan aparte.

ROSI. ¡Cómo entiende la vida!

SAINT. No diré que no; pero me molesta su cinismo.

POLI. *(Empuja hacia el comedor a Paulina, á Laub y a Teresina. Después, dice a Rosina y a Saint-Wast, que quedan rezagados.)* Pero, ¿qué hacéis ahí? ¡Vamos, de prisa! ¡Pronto! *(Empujándoles.)* Que ya la traen. *(Los hace pasar al comedor.)*

ESCENA XVI

POLICHE, BOUDIER. Boudier entra del jardín. Se dirige al comedor, al verle POLICHE, va hacia él con la cara contraída, pálido y vacilante, y se apoya en su hombro, temblando y con sollozos contenidos.

BOUD. *(Asustado.)* ¿Qué tienes?

POLI. Nada... Un desfallecimiento.

BOUD. Espera. Voy a llamar...

POLI. ¡No! ¡Cállate! No digas nada... Ven mañana a ve me..., te explicaré todo. Lo sabrás todo, pero ahora... ¡Calla.. calla, por favor!

BOUD. ¡Mi pobre Didider!

POLI. (*Con amargura.*) ¡No!... Poliche!... ¡Polichinela! (*Hac entrar a Boudier en el comedor y como en el mismo instante sub el mozo con la tortilla, se precipita hacia él, toma la bandeja hu meante y se dirige al comedor. Va a entrar él, pero al llegar a quicio de la puerta se agarra para no caer al suelo. Los de dentro que no lo advierten, reciben su presencia con aplausos, gritos y exclamaciones musicales. Poliche se rehace y con gran voz y ges tos ridículos, mezclados con algún detalle de lo que le está pasand interiormente.*) ¡Señoras y caballeros! Tengo el honor de serviros la célebre, la deliciosa tortilla Didier. La invertó mi tatarabuel una tarde en que despidió a la cocinera y ahora soy yo el poseedor único de la receta, yo, Hipólito Didier Meireuil, Calle de Berri, número 17. Agua en todos los pisos, gas, teléfono y diván japonés, para las damas que quieran honrarle con su presencia ¡Adelante, señoras, adelante! (*Haciendo un último esfuerzo, hace mutis. Se oyen dentro aplausos y aclamaciones.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En casa de Rosina, diez días después del primero. Un gabinete de mujer, muy alegre, con coqueterías de saloncito y ambiente de intimidad. A la derecha, biblioteca, junto a la puerta que comunica con otras habitaciones. A la izquierda, «chaise-longue», llena de cojines y almohadones, con un edredón de seda, caído. Mesitas, flores, teléfono y revistas ilustradas de lujo. Detrás un paravent. Al fondo, en ángulo, balcón, con grandes cortinas de encaje de Venecia. En el centro, puerta de entrada. Todo elegantísimo y de buen gusto. Sobre la «chaise-longue», a más de lo dicho, un lío de mantas. Es «Lindoro», el perrito de Rosina, que duerme. Lateral izquierda, chimenea y otra puerta en primer término.

Al levantarse el telón. AGUSTINA y una DONCELLA. La primera habla en el telfono, la otra arregla en las mesitas, periódicos, flores etc., etc.

ESCENA PRIMERA

AGUSTINA y una DONCELLA.

AGUS. *(Al teléfono.)* Sí, sí. Llame usted de nuevo. Estoy segura. *(A la otra.)* ¿Has visto ya el número del «Bar-Sport»?

DONC. Al «Bar-Sport», ya ha ido el chauffeur. Tú, donde has de preguntar después es al Café de París.

AGUS. ¡Ay, qué mareo!

DONC. ¡Es para perder la cabeza! Teléfono, continental, recado con el chauffeur, advertir al portero... Oye, Agustina, ¿será posible que engañe ya la señora al tipo ese?

AGUS. ¿A ti que te importa? En vez de hablar de lo que no debes, podías ir a la cocina a ver si se ha marchado ya el chauffeur.

DONC. Ya me voy. *(Se va puerta foro.)*

AGUS. *(Timbre del teléfono.)* ¿Quién es?... ¿El Círculo Militar?... ¿Quiere decirme si irá hoy por ahí el señor de Saint-Wast? Se lo agradeceré... Sí... que venga cuanto antes... ¿Cómo? ¿Qué no sabe usted?...

DONC. *(Entra agitada.)* ¡El señorito! ¡Que viene el señorito! Cuelga los receptores.

AGUS. ¿Para que suene el timbre y se entere con quien hablo? No soy tan tonta; los dejo sueltos. *(Los deja, efectivamente, pero con la prisa quedan balanceándose y al choque con el muro hacen ruido.)*

ESCENA II

AGUSTINA y POLICHE.

POLI. ¿No está la señora?... ¿Dónde recibirá, aquí o en el salón?

AGUS. La señora no recibe hoy a nadie.

POLI. ¿Por qué, siendo su día? ¿Es que lo ha olvidado?

AGUS. Tengo orden de que no pasen más que los señores de Jourdeniel, que viene a cenar.

POLI. El matrimonio Jourdeniel. ¡Qué par de pesados!, ¿eh? *(Le hace volverse el ruido de los receptores al balancearse.)* ¿Qué es eso? Para el columpio, hija mía. Otra vez, cuando descuelgues los receptores al entrar yo, para evitar que responda el aparato por ti, y me entere de lo que hablas y con quien hablas, procura hacerlo con más cuidado.

AGUS. Señorito. Yo aseguro a usted...

POLI. ¡Basta! *(Le hace señas de que se retire. Mutis primera izquierda. Una vez solo, inspecciona la estancia y aspira fuertemente.)* Hoy no huele a tabaco. *(Va a la chimenea.)* ¿Y ésto?

¿Qué es ésto?... *(Abre la puerta y llama a la doncella.)* Agustina... *(Vuelve Agustina.)* Oye, preciosa, ¿me quieres decir que es ésto?

AGUS. Un gemelo del señorito. Lo encontré al pie de un sillón. Han debido pisarle, porque está medio roto. Le he colocado en la chimenea para que lo viese el señorito.

POLI. Agradezco tu delicada atención, pero este gemelo no me pertenece. Hija, eres verdaderamente torpe. ¿No has visto que tiene una cabeza de caballo? ¿Tengo yo cara de gastar gemelos con cabeza de caballo?

AGUS. Yo creía...

POLI. Debe ser del chauffeur. Devuélveselo.

AGUS. Pero, señorito...

POLI. ¡Ah! ¿Te ríes?

AGUS. ¿Reirme yo?

POLI. Mira; vete a la cocina a ver si estoy allí y si no estoy, te quedas aguardándome. *(Hace mutis Agustina al oír la indirecta)*

ESCENA III

POLICHE. Después DONCELLA.

POLI. *(Va a la manta que hay en la «chaise-longue», y descubre un perrillo faldero de lujo.)* Hola, «Lindoro». Duermes sin que te importe un bledo de todo esto. Tú entiendes la vida. Y eso que también te ha tocado algo. Estás en baja... Te dejan aburrirte aquí solo... La mamita no te da bombones ni te lleva a paseo en su coche... ¿Te olvidan? ¡A mí también!... ¡Duerme, duerme, compañero!... *(Se pasea con las manos en los bolsillos, ojo avizor, inspeccionándolo todo; tararea alguna música, se oye el timbre de la puerta de entrada. Poliche entreabre la puerta del foro para oír quién es. Después pregunta.)* ¿Quién es?

DONC. *(Desde fuera.)* Una visita para la señora.

POLI. Pero ¿quién?

DONC. *(Aparece en escena.)* Vea usted la tarjeta.

POLI. ¡Llámale en seguida! Sal a la escalera. ¡Pronto!

ESCENA IV

POLICHE y BOUDIER.

POLI. *(Yendo a él y dándole la mano.)* Buenos días, querido Boudier. Tengo que pedirte mil perdones...

BOUD. *(Evasivo y reservado.)* De nada... Antes de volverme a Lyon, he querido venir a despedirme de nuestra amiga, la señora de Rinck, que tan amablemente me acogió.

POLI. No simules una frialdad que no sientes, Boudier, yo me he portado mal contigo. Al ocurrir el incidente en aquel maldito hotel, te dije que fueras al día siguiente a casa, para explicártelo. Cuando fuiste, no quise recibirte. Podría pretextar ocupaciones enfermedad..., mentiría. Es que estaba avergonzado, sentía tener que pasar por la humillación de confesarte cosas que...

BOUD. Puedes seguir reservándotelas.

POLI. Ya no. Mañana te vas. Acaso no te vuelva a ver en mucho tiempo. Eres mi mejor amigo. El único. Desde niños hemos estado juntos...

BOUD. ¡Verdad! ¡Juntos hemos crecido!...

POLI. Nuestra juventud... ¡Qué lejos me parece todo eso!... El café de Ravault... Tu primera novia, que era tan fea!... La fábrica de sedería que tenían tus padres en el barrio de San Juan... En fin, ¿para qué entristecernos recordándolo? Yo me he acostumbrado a reír nada más.

BOUD. En efecto, has sufrido un cambio...

POLI. ¿Qué no te explicas en tan poco tiempo? Es toda una historia. Verás: cuando vine a París, mis amigos me presentaron en todas partes. Y una noche, en una casa de gente distinguida y alegre, donde se bailaba alrededor de varias mesitas de poker, vi por primera vez a Rosina. *(Pausa.)* Vi a Rosina... y me enamoré locamente de ella. Para mí, desde entonces, el mundo se redujo a Rosina. Quise tratarla, hice que me presentaran y al momento comprendí que le era irremediablemente antipático; noté su glacial indiferencia, esa indiferencia hostil que se lee en la mirada, en el desdén no disimulado del acento, y que nos coloca en la categoría de tipos enfadosos. No había esperanza de amor. No insistí más. ¿Para qué?

BOUD. Así, pues, ¿cómo lograste?...

POLI. Aguarda. Una noche, durante una cena a la que ella asistía, dije en alta voz una frase ingeniosa que hizo fortuna. Me felicitaron... y pude ver los ojos de Rosina fijos en mí. Segundos más tarde, aventuré una nueva broma y volví a encontrar aquellos ojos; su mirada era de curiosidad. ¡Ya no era hostil! Por aquella vez era bastante y callé; pero a los pocos días, en Longchamps, alentado de nuevo por sus miradas, hice derroche de bufonería, de atrevimiento, de locura. Yo pensaba: «Es demasiado». Pero no lo era, Boudier, no lo era. En lo sucesivo, cuando Rosina pasaba a mi lado, en el boulevard, en el teatro, me sonreía, como diciendo: «¡Es ese caballero tan divertido!» Y yo seguí, seguí secretamente, vergonzosamente, si quieres, mi transformación. Comprendía que ese era el mejor, el único camino para agradar a esa mujer y le emprendí. Hice lo que todos hacen en amor para lograr una mirada de su amada.

BOUD. Pero al fingirte otro, para ser amado, engañabas a amor.

POLI. ¿Y quién puede vanagloriarse de ser ante el amor tal como es? El violento deseo de agradar a toda costa, nos impulsa a toda clase de fingimientos.

BOUD. ¿Y cuándo le confesaste tu amor?...

POLI. No se lo he confesado nunca. Al principio traté una vez de abordar el camino de la sinceridad, quise mostrarme a ella como soy. Tierno, sentimental, apasionado, pero... ¡Horror!... ¡Qué mirada la suya! Fué tan terrible que, sin perder momento, volví a ser gracioso y me puse a imitar la declamación de Sarah Bernard en el puente de un navío.

BOUD. ¿A eso se debe el cambio en tí operado y tu reputación de chistoso?

POLI. Sí. Comprendí lo que se me pedía y el partido que de ello se podría sacar. Con esa máscara encubrí mi ternura, mi sensibilidad, mi inmenso amor, de manera que nunca los advirtiese Rosina. Todo estribaba en eso. Fuí el polichinela que alegraba las horas de fastidio, el remedio contra el spleen, su Poliche, en fin, gracioso por amor, cínico por necesidad, a quien todos adoran. ¿Para qué describirme? Ya me has visto en el ejercicio de mis funciones.

BOUD. ¿Y has conseguido algo con tu sacrificio?

POLI. Verás. Yo acechaba el momento favorable en que de una carcajada pudiese pasar a una caricia. Ese momento llegó. (*Pausa.*) ¡La alegría, la felicidad que experimenté! ¡Sus besos tantas veces soñados!... Y toda esa felicidad tuve valor para sentirla en silencio. Supe hacer el sacrificio de ocultar mi emoción y de aparentar que no concedía a aquello importancia alguna, estimándolo como un excelente modo de terminar el día.

BOUD. Comprendo tus torturas.

POLI. ¡Espantosas!

BOUD. Dime: ¿Por qué no intentas conmover a Rosina con la verdad? ¡Quién sabe si, contra lo que supones...!

POLI. (*Interrumpiéndole.*) ¿Qué estás diciendo?... Me guardaré muy bien. La vez que intenté hacerlo... Por fortuna ya no se acuerda... Este papel de bufón que aparenta no enamorarse, era mi única ventaja, y sólo pedía que durase el mayor tiempo posible... porque no me hacía ilusiones... el día en que un amor verdadero, o un capricho, se presentase, acabaría mi reinado... y ese día..., ese día... (*Muy conmovido.*)

BOUD. (*Con amistosa solicitud.*) Ha llegado. Debía llegar fatalmente, y es...

POLI. (*Interrumpiéndole.*) ¡Calla! ¡No lo digas! (*Un silencio. Luego, de pronto, continúa amargamente.*) ¡Si supieras lo que he luchado por apartar el peligro, durante estos seis meses!

Los pretendientes a quienes puse en ridículo con mis bromas para alejarlos! Pero tenía que ocurrir... ¡Luchaba yo solo contra todos! (*Pausa pequeña.*) ¡Era demasiada felicidad!... Porque, a pesar de lo que te he dicho, era feliz... Cuando esperamos una gran desgracia, mientras ésta no llega, todo lo que nos sucede, por malo que sea, nos parece un bien. (*Pausa.*) Yo sí; esperaba a cada momento la catástrofe, la esperaba..., pero no ese día... ¡Día maldito el de Saint-Coud!...

BOUD. ¿Qué había sucedido cuando te encontré en aquel estado?

POLI. Una cosa horrible... La sorprendí besando..., ya supones a quién. Yo estaba vestido de cocinero, con una cacerola en la mano... ¡Me había vestido así para que ella riese!... Al verles, arañó mi garganta queriendo salir, un grito de furor. Por mi suerte, miré a Rosina... Sus cejas me miraban, esta es la palabra, sí; sus cejas, fruncidas de un modo que yo sólo comprendo. Adiviné en un segundo que si intervenía como amante, estaba perdido. ¡El pasado, el presente, el porvenir, todo, todo lo ví en aquella mirada! Y entonces, teniendo que contener mis manos que se crispaban con deseos de estrangular, improvisé una escena grotesca... Es la vez que he estado más gracioso..., por lo menos es la que me ha costado más trabajo serlo... El me tomó por un cínico siniestro, leí en sus ojos el desdén..., pero Rosina sonreía... ¡Rosina sonreía!... ¡Me había perdonado el enorme delito de existir en aquel instante!... ¡Estaba salvado!

BOUD. ¿Y ahora, ella... y él...?

POLI. No hay duda posible.

BOUD. ¿Y qué piensas hacer?

POLI. Esperaré el tiempo preciso para convencerme de que es una cosa seria, definitiva. Y cuando esté bien seguro de que no hay para mí esperanza posible, tomaré el express para Lyon y asunto concluído. Rosina no oirá hablar más de mí.

BOUD. ¿Y te irás sin intentar luchar? ¿Sin una explicación?

POLI. ¿Para qué voy a mortificarla? Es tan delicada, tan buena... Si tú la conocieses bien, me comprenderías... Tiene espontaneidades generosas, momentos de ingenuidad adorables... Es irreflexiva, inquieta, pero no es mala, no... Ella no es responsable de no poder amarme. ¡Ay! En los intrincados caminos del amor, rara vez van de acuerdo dos almas por una misma senda.

BOUD. ¡Pobre Didier!... ¡Cuánto rebajamiento! ¡A qué bajo nivel te has colocado por coger el fruto apetecido! Y, sin embargo, es tierno y conmovedor lo que me dices.

POLI. ¡Nada de piedad, amigo mío! No te envanezcas. Todos haceis poco más o menos lo que yo. ¡Si se supiera de qué elementos se compone la alegría de los demás!... En la escuela de Ingenieros, donde yo estudié, había un gracioso extraordinario, el pro-

totipo de la broma. Con sólo verle, todos reíamos... Y una mañana le encontraron tendido en un sillón de su cuarto, con la boca abierta... Se había pegado un tiro por una artista de café-concierto. Debía ser un sentimental. ¡Cuántas veces, en mis correrías, he encontrado a algunos de éstos, que llevaban del brazo a una mujer y que se alegraban desesperadamente, haciendo esfuerzos por parecer graciosos!... Y en aquel instante lo eran... y todo el mundo lo creía; hasta la mujer que llevaban al lado... Sólo yo..., yo que por propia experiencia los comprendía, sentía deseos de gritarles al pasar: «¡Buenos días... compañero!... *(Muy conmovido.)*

BOUD. ¡Didider! ¡Amigo Didider!... Pero ¿estás llorando?

POLI. *(Volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas. Tiene en la mano un manguito de piel, que ha cogido sin darse cuenta.)* ¡No!... ¡No!... Te engañas... *(Al hacer un movimiento para rehacerse, se da cuenta del manguito.)* Mira... ¡Su manguito! Desde hace un instante estaba jugando con él sin advertirlo... ¿A tí nada te dice su manguito?... Fíjate en su interior; parece un nido de seda... Su mano reposará en él todo el invierno, y ya no estaré yo aquí para aprisionar sus dedos entre los míos... No puede calcularse todo lo que pierdo... Pierdo el tibio calor de su brazo al apoyarlo en el mío... Pierdo el azul de sus ojos, el oro de sus cabellos, su risa cristalina... ¡Todo, lo pierdo todo!... *(Pausa.)* ¿Te parezco ridículo, verdad? ¡Qué quieres!... Soy como un perro a quien quitan su collar y le arrojan a la calle... ¡Ya no pertenezco a nadie!... ¿Qué va a ser ahora de mí? *(Al manguito.)* Tú me comprendes, ¿verdad? Tú, que vas a quedarte aquí esperándola, y por eso te envidio, porque hueles a todos los ramos de violetas que ella llevó..., porque tienes algo de Rosina, ¡de mi Rosina..., de mi amor y de mi juventud que se van!... ¡Pobre!... ¡Pobre Poliche!... *(Apoya torpemente el rostro contra el manguito y dice las últimas palabras con voz entrecortada por cortos sollozos de hombre grueso.)*

BOUD. ¡Vamos, Didider! Es una locura enamorarse así de una mujer que no te merece. *(Se oyen tres timbrazos precipitados en la puerta de entrada.)*

POLI. Llaman. ¡Es ella! No quiero que me vea y adivine... Pasemos en seguida al gabinete. *(Pasándole la mano por el hombro vivamente.)* ¿Y en tu casa, qué tal? Distraído con mis cosas, no te he preguntado....

BOUD. Bien. El chico pequeño, es el que... *(Diciendo estas palabras hacen mutis por la izquierda.)*

ESCENA V

ROSINA, AGUSTINA. Después, la DONCELLA.

ROSI. *(Se oye hablar fuera a Rosina. Viene enfadada.)* ¡Me

da lo mismo!... ¡Me da lo mismo!... *(Entra por el foro, seguida de Agustina.)* ¡Te digo que me da lo mismo! Cuando yo doy una orden, se obedece. Cada vez lo haces peor. ¡Quítame el abrigo!

AGUS. *(Obedeciendo.)* Créame la señora que he hecho todo lo posible. He telefoneado al Círculo, y si no lo he hecho al café de París, es porque el señorito llegó...

ROSI. ¿Y qué tiene que ver en esto el señorito? ¡Ah! Y no sé a qué viene decir siempre «el señorito» al hablar del señor Meireuil.

AGUS. Bien, señora.

ROSI. ¿Y no habéis recibido ningún recado, ninguna carta?... Se os podría habre olvidado; no sería la primera vez.

AGUS. No, señora. Nada. ¿La señora no se figura dónde puede estar?

ROSI. ¡Vaya si me lo figuro! Pero no iré a buscarle allí.

AGUS. Se lo tengo dicho a la señora. Su mejor amiga es una falsa, capaz de todo.

ROSI. Sí; por ella, sí; ya lo creo; pero él... No puedo acusarle sin motivo fundado. ¿No ha venido ninguna visita?

AGUS. Un caballero que preguntaba por la señora. Le ha recibido el señorito... *(Rectificando.)*; el señor Mireuil. Debe estar con él en el gabinete.

ROSI. ¡Ah, sí! Sin duda su amigo, el de Lyon. Un majadero.

AGUS. El mismo.

ROSI. Que no se le ocurra entrármele aquí. No estoy para aguantar visitas. Lo mismo que Poliche; no sé a qué santo viene tan pronto. Le dije que hasta las seis de la tarde... Todos me fastidian. Todos me contrarían. Parece que lo hacen a propósito.

AGUS. ¿La señora tiene pena?

ROSI. *(Dulcificando el tono de voz.)* Mucha, Agustina. Empezaba para mí una gran felicidad, y me la roba esa... Bien; le olvidaré, si es preciso. No se nombrará aquí más al señor Saint-Wast. Hay que enviarle a su casa todo cuanto le pertenece. Así comprenderá ese caballerito, lo que quiero demostrarle. ¿Qué es lo que tenemos aquí suyo?

AGUS. Este gemelo roto... Un pijama azul..., y lo que sabe la señora... Aquel artefacto lleno de ballenas que se quitó el otro día, al volver del concurso hípico, y que tanto hizo reír a la señora.

ROSI. ¡Ah, sí! ¡Su corsé! Nunca pude creer que algunos hombres llevasen corsés como nosotras. Me reí tanto, que al marcharse no se atrevió a ponérselo... Mira, Agustina; vas a envolver el corsé en un paquetito atado con una cinta de raso.

Se lo enviaré por el cochero, con esta inscripción: «Mi sentido pésame».

AGUS. Bien, señora.

ROSI. Ahora, prepara mi vestido de encaje. Hoy viene a comer el matrimonio Jourdeniel. *(Se oye el timbre.)* ¿Has comprendido bien mis órdenes?... ¿Que no recibo mas que a los Jourdeniel?

AGUS. A excepción de... el otro caballero, naturalmente.

ROSI. Ese no vendrá. Estoy segura.

DONC. *(Entra por el foro.)* Señora...

ROSI. ¿Qué pasa?

DONC. *(Un poco misteriosa.)* Ahí aguarda una persona a la que no me he atrevido a decir no está la señora, sin venir a avisar... La señora siempre la ha recibido con tanto placer...

ROSI. *(Encantada.)* ¡Es él! Ha hecho usted perfectamente. Para él estoy siempre. ¡Que pase!

DONC. La señora se equivoca. No es un caballero el que ha venido. Es la señora de Laub.

ROSI. *(A Agustina.)* ¡Ella! ¡Se necesita descaro!

AGUS. Vendrá a dar quejas a la señora por no haberla felicitado. Ayer fué su santo.

ROSI. Es verdad. Pues llega muy a punto de recibir mis felicitaciones. *(A la doncella.)* Que pase. *(La doncella sale.)* ¡Ahora va a ver esa quién soy yo! *(Agustina se retira discretamente a la habitación de la derecha.)*

ESCENA VI

ROSINA, PAULINA. Después, AGUSTINA.

ROSI. *(Saliendo al encuentro de su amiga con la más encancantadora sonrisa.)* ¡Paulina querida! ¡Cuánto me alegro de que vengas a verme! Hace tanto tiempo que no nos damos un abrazo...

PAUL. Verdad. Cinco o seis días.

ROSI. Que me han parecido interminables.

PAUL. A mí también. ¡Te quiero tanto!... Pero a la vuelta del veraneo, hay muchas cosas que hacer hasta reinstalarse nuevamente.

ROSI. Realmente tienes aspecto de estar muy fatigada. Procura cuidarte.

PAUL. ¡Oh! No temas por mi salud. Ya sabes que no soy delicada.

ROSI. Lo sé de sobra. *(Pausa.)* Aquí me tienes avergonzada y sin saber cómo pedirte perdón. Esta mañana he recordado que ayer fué tu santo y no te felicité. ¿Me perdonas?

PAUL. ¡Por Dios, tontuela! Tú estás cumplida siempre.

ROSI. ¿Y tu marido? No te he preguntado.

PAUL. Debe estar bien. Se ha ido a Niza a pasar la semana.

ROSI. ¿Esa ausencia es su regalo por tus días?

PAUL. ¡Qué cosas dices!

ROSI. ¿Y qué tal has empezado el otoño, la estación favorita?

PAUL. ¡Muy bien! ¡Estoy muy contenta!

ROSI. ¡Yo, radiante.

PAUL. Me alegro. Y que continúe. En cuanto a mí, me acaba de suceder, por intercesión de alguna hada buena, sin duda, una cosa extraordinaria. Al principio pensé no hablarte de esto, pero después me he dicho que debo continuar contigo la sinceridad y la confianza que hasta aquí. (*Gesto de interrogación de Rosina.*) Figúrate que un amigo me hace la corte.

ROSI. ¿Y eso te parece extraordinario?

PAUL. Ha sido tan imprevisto... Es una aventura encantadora. Yo no sé si será sincero, creo que sí. Al oirle no es posible dudar de que está enamoradísimo. ¡Y es un hombre tan agradabel!... Digo, tú también le conoces.

ROSI. ¿Sí?...

PAUL. No pretendas adivinar; déjame decírtelo poco a poco. Yo no sé todavía lo que haré de mi pretendiente. Hoy aún es tiempo..., mañana... ¿quién sabe? ¿Puede una asegurar que no hará locuras?... Yo me estimo en muy poco y todo lo espero de mi parte, todo..., salvo cualquier cosa razonable.

ROSI. No tienes necesidad de decirlo

PAUL. Me conoces, ¿verdad? Por eso vengo, francamente, antes de aventurarme más a tener una explicación contigo; porque... imagínate... ¡Oh! Ya me figuro que será un rumor infundado... Imagínate que se me ha dicho que es posible que las dos fuésemos por un mismo camino, y en ese caso...

ROSI. No te comprendo...

PAUL. Sí. Se dice...

ROSI. Acaba, mujer.

PAUL. Pues bien. Se ha pretendido delante de mí, que Saint-Wats, acaso no sería tu último amigo, pero sí el más íntimo.

ROSI. ¿Saint-Wast?

PAUL. Es cierto. No le había nombrado. El es de quien se trata.

ROSI. (*Levantándose.*) ¿Saint-Wast mi íntimo amigo?... ¡Es gracioso! ¡Vaya!

PAUL. Eso mismo he dihco yo, y sin embargo, cuando se oye una cosa así, siempre queda un átomo de duda en el aire; por eso he querido venir a informarte. Con una palabra tuya, bastaría para detenerme. Si tú me dices: «Paulina, no me agradará que cedas a sus deseos», todo quedará terminado. Soy tu amiga

y tengo buen corazón. Por tí haría ese sacrificio. ¿Jugarle yo una mala pasada a un amiga? ¡Jamás!

ROSI. Pues te has molestado sin necesidad. Lo que oíste es una murmuración sin fundamento. Guarda, si te acomoda, ese galán que yo te he presentado..., porque no olvides que fuí yo quien te lo presenté.

PAUL. ¡Bah! Tú le conocías del día anterior. Y no es asunto de prioridad, sino de sentimiento.

ROSI. Todas mis relaciones con Saint-Wast, se reducen a haberme hecho dos o tres visitas desde el otro día. Me parece un hombre agradable, pero un tanto vulgar, que se contenta con amores fáciles. (*Subrayándolo.*) Debe ser de los que durante las maniobras se aprovecha de su boleta de alojamiento para conquistar a la criada de la casa. (*Pequeña pausa.*) Además es rubio; color que detesto.

PAUL. (*Nerviosa.*) Verdad. Poliche tiene el pelo castaño.

ROSI. (*Volviéndose a ella con fingida candidez.*) ¿Qué te pasa? (*Se sienta de nuevo, tranquilamente.*) No seas mala, Paulina. ¿Hay nada más claro que lo que decimos en este instante? Tú has estado un poco torpe al dar este paso. (*Sonriendo.*) Y yo te respondo con igual franqueza que la empleada por ti. Entre el señor Saint-Wast y yo, no hay absolutamente nada. En el caso contrario, te lo diría. Creo que estarás convencida.

PAUL. Convencidísima. Yo, al instante comprendí que los rumores eran falsos, por la actitud de Víctor. (*Rosina no pestañea.*) Víctor es Saint-Wast, pero, claro, aún me cupo duda. Un hombre galante niega siempre. Sólo podía saber la verdad por ti.

ROSI. Claro. Te comprendo muy bien.

PAUL. Y estaba tan impaciente por saberla... Hace algunos días que Víctor no me deja un momento, estrechándome a súplicas, rodeándome de tiernas solicitudes. ¡Qué de flores! ¡Qué de frases apasionadas!... (*Rosina se levanta y toca el timbre ante la mirada de interrogación de Paulina.*)

ROSI. Es una orden que he da dar. Continúa.

PAUL. Te estaré aburriendo con mis historias.

ROSI. Ya sabes tú que no. Me encanta oírte. (*Entra Agustina.*) ¡Agustina! (*A Paulina.*) Con tu permiso.

PAUL. ¡Por Dios!...

ROSI. (*Bajo, a Agustina.*) ¿El paquete que te he mandado hacer con el corsé de Saint-Wast, está ya listo?

AGUS. (*Idem.*) Estoy poniéndole las cintas.

ROSI. (*Idem.*) Tráele en seguida, bien envuelto y bien atado. ¡Pronto!

AGUS. ¡En seguida! (*Mutis.*)

PAUL. Para acabar; quisiera pedirte un consejo. ¿Qué harías tú en mi caso? ¿A ti no te gustaría Saint-Wast?

ROSI. Como amigo simplemente, tal vez.

PAUL. Tiene bonitos ojos, manos muy distinguidas, su voz es una caricia... ¿No te parece? ¡Oh! Yo creo que te estoy molestando con estas locuras que tú no puedes comprender, pero es tan grande mi alegría... Al venir temblaba de miedo pensando si con mi franqueza cometería alguna indiscreción que te pudiera mortificar.

ROSI. Espero que te irás convencida de que no es así.

AGUS. *(Entrando con un paquete que entrega a Rosina.)* Aquí está, señora. *(Mutis.)*

ROSI. Mi querida Paulina. Perdona que no te dedique más tiempo, pero me están esperando y aun he de vestirme.

PAUL. ¿Por qué no me lo has dicho antes, mujer? *(Levantándose.)* ¡Me voy! ¡Me voy!

ROSI. Un instante. Yo te había preparado un pequeño obsequio por tus días; puesto que has venido, tú te lo llevarás. *(Le da el paquete que entró Agustina.)*

PAUL. Muchas gracias. ¿Por qué te has molestado?

ROSI. *(Sonriendo.)* No me des las gracias. No vale nada... Un pequeño recuerdo...

PAUL. Déjame que te abrace.

ROSI. Con mil amores. *(Se abrazan.)* Unicamente te suplico que no deshagas el paquete aquí. Cuando llegues a tu casa...

PAUL. ¡Ah! ¿Es una sorpresa?

ROSI. Precisamente. Una sorpresa modestísima..., pero que ha de causarte gran placer.

PAUL. Viniendo de ti no me extrañará. Siempre has tenido ideas refinadísimas.

ROSI. Como ésta, ninguna.

PAUL. Ya siento impaciencia por saber qué es. Dímelo.

ROSI. Ya te lo he dicho. Un recuerdito... De modo que hasta pronto. No creo necesario desearte que seas feliz.

PAUL. Haré lo posible. Y vuelvo a repetirte las gracias. Eres demasiado buena para conmigo.

ROSI. ¡Bah! Es lo menos que tú te mereces. *(Salen las dos puerta foro. En seguida entra Rosina.)*

ESCENA VII

ROSINA. Después AGUSTINA.

ROSI. *(Entrando.)* ¡Uf! ¡No puedo más! ¡Me estaba ahogando! ¡Mala amiga, traidora!... He debido arrancarle los ojos, mostrar mis uñas en lugar de mi ingenio... ¡Me le ha robado!... ¡Todo acabó!...

AGUS. *(Entrando.)* El chauffeur ha vuelto. ¿Quiere la señora que envíe ya el paquetito?

ROSI. ¿El paquetito?... Ya se lo lleva ella... ¡Ella misma! ¡Quién pudiera ver la cara que pone en este momento, al abrirlo en la escalera! ¡Eso me consolaría!... *(Va al balcón, entreabre los visillos, mira a la calle y da un fuerte grito.)* ¡Ah!... ¡Qué horror!... ¡Allí!... *(Señalando desesperadamente a algo que hay en la calle. Agustina se acerca a ver qué es.)* ¡Allí!... Mira ese brazo... No me engaño, no. Ese brazo que sale de aquel auto y que sostiene abierta la portezuela..., ¿es el de él, verdad?

AGUS. Sí. Es el brazo del señor Saint-Wast. Le reconozco por el traje. Precisamente le estuve cepillando el otro día.

ROSI. Y le da la mano... Le ayuda a subir... ¡Se marchan!... ¡Infames, infames, infames!... *(Se deja caer en un sillón, agitadísima.)* ¡Le estaba aguardando!... ¡Delante de mi puerta!... ¡Frente a mis propios balcones!... *(Abatida.)* ¡Y yo que le había entregado mi corazón..., yo que he vertido todas las lágrimas de mis ojos porque no venía! *(Se levanta furiosa. De aquí al final de la escena, habla con gestos cada vez más coléricos.)* ¡Esta indignidad me ha curado radicalmente! ¡Canalla! ¡Canalla! *(Al volverse y ver a Agustina.)* Pero, ¿estás todavía ahí?...

AGUS. Yo..., señora...

ROSI. ¡Quítate de mi vista!... ¡Pronto!... ¡Que siento deseos de romperlo todo en la cabeza de alguien! *(Coge un jarroncito de una de las mesillas y lo esgrime frenética. Agustina abre la puerta para huir y deja paso a Boudier, que entra en aquel momento, y que al ver la actitud de Rosina, se encoge para esquivar el golpe que le amenaza.)*

ESCENA VIII

ROSINA, BOUDIER.

ROSI. *(Con el jarrón en la mano.)* Yo..., yo... *(Se decide a dejar el jarrón, lo que tranquiliza a Boudier.)* Le ruego que me dispense. No recibo...

BOUD. Perdóneme usted, señora. Vine antes, en ausencia suya, y mi amigo Didider me retuvo. Ahora acaban de advertirme que ha regresado usted, y no quiero dejar París sin darle gracias por la acogida cariñosa que...

ROSI. *(Volviéndole la espalda.)* ¡Sí, sí, sí! ¡Muy bien!

BOUD. ¿Está usted enferma, señora?

ROSI. *(Fuera de sí.)* ¡Estoy rabiosa!... *(Conteniéndose.)* del dolor de muelas...

BOUD. Compadezco a usted. La gente no concede importancia a esos pequeños males y son los que más hacen sufrir. ¿Quiere usted un remedio?

ROSI. ¡No, señor!

BOUD. *(Saludando fríamente.)* Señora, sólo me resta pedirle perdón por haberla importunado.

ROSI. Usted es quien ha de perdonarme por recibirle así,

pero es que llega usted en mala ocasión. La sola presencia de un ejemplar de esa especie odiosa que se llama hombre, me pone los nervios de punta.

BOUD. *(Sonriente.)* No es muy lisonjero para nuestro sexo lo que usted dice. Pero desde el momento en que no soy yo el único motivo de su exasperación, me siento más tranquilo. Ha perdido usted su hermosa alegría de aquella tarde de Saint-Cloud y acusa a nuestra pícara corporación de tener la culpa.

ROSI. No soy la misma del otro día, no... Perdóneme... Es que acabo de recibir sobre la cabeza una de esas duchas que dan deseos locos de gritar, de morder. Por eso grito.

BOUD. Y no muerde usted. Yo se lo agradezco. Pero en fin, señora, usted al menos tiene la suerte de tener cerca de sí a mi amigo Didider, un corazón de oro. Es una gran cosa, cuando se atraviesan malos momentos, sentir el apoyo...

ROSI. *(Interrumpiéndole.)* ¿De Poliche? ¡Ta, ta, ta!... Poliche no vale más que los demás..., si es que no vale menos. Un puchero lleno de sopa, un tipo grotesco que fastidia a mis amigos y a quien se encuentra siempre a las horas en que no se le necesita.

BOUD. ¡Señora! ¿Qué está usted diciendo? Es él quien paga los vidrios rotos. El, que es todo delicadeza y bondad.

ROSI. ¿Bondad y delicadeza Poliche? ¿Ese cínico sin sentimientos?...

BOUD. *(Indignado.)* ¡Es abominable! ¡Por ser usted quien las dice, he tolerado esas palabras! ¡Pensar que tengo todavía en los oídos lo que acabo de escuchar a ese Poliche a quien usted desprecia tan injustamente!...

ROSI. *(Casi llorando nerviosamente y desgarrando su pañuelo.)* ¡Injustamente!... Cuando tengo una pena grande, como en esta ocasión, ¿será Poliche quien pueda consolarme o siquiera comprenderme?

BOUD. Mejor que nadie.

ROSI. Si se tratara de bromear, eso sí, a todas horas. *(Pausa.)* Y aun tendré que aguantar sus burlas, sus payasadas escandalosas, de las que debiera por cierto dispensarme esta noche en que está mi corazón tan desolado... ¡Señor! ¡Qué vida!... ¡Sin tener a quien volver los ojos!...

BOUD. El amigo que usted echa de menos, lo tiene a su lado y no le ha conocido. Huyen ustedes uno del otro sin procurar comprenderse. Oigame usted. No tengo el derecho de cruzarme de brazos cuando está en mi mano realizar una buena acción. Rosina, ¿me promete, me jura usted callar cuanto voy a decirle?...

ROSI. Sí; lo juro... Pero, ¿de qué se trata? Empieza usted a asustarme.

BOUD. Amiga mía; en la vida de Didider hay un gran miste-

rio. El Didider que usted conoce, no es el verdadero. Es un falso personaje que él mismo se ha compuesto para agradar y seducir a usted. Detrás de esa fachada engañosa se oculta un hombre tan distinto como nadie se lo podría imaginar. Un hombre de una gran ternura, que la adora a usted. Me lo acaba de confesar en términos de una delicadeza infinita..., con voz temblorosa de emoción y con lágrimas en los ojos... Aseguro a usted que me ha conmovido.

ROSI. ¿Y dice usted...?

BOUD. Que no pudiendo conquistarla por la seducción personal, trató de conseguirlo divirtiéndola, ocultándose bajo esa máscara de bullicioso clown que ya no se atreve a arrojar y tras de la cual se halla el Didider que yo conocí: un muchacho sencillo, digno, rico de alma y de sensibilidad, pero, ¡ay!, un rico vergonzoso...

ROSI. Pero ¿qué está usted diciendo?

BOUD. ¡La verdad! Ese hombre se ha hecho vulgar por su pasión hacia usted. Y usted y todos están equivocados. ¿Poliche un cínico?... ¡Qué ironía!... Es un sentimental que languidece de amor. Siento haber tenido necesidad de hablar. Didider me pidió que callase. Pero creo que he hecho bien.

ROSI. ¿Está usted seguro de que no es una broma de las suyas? Yo, al oírle, me parece que caigo de una nube. Que Poliche es inteligente. Que piensa muchas cosas que no dice, lo sé... Pero todo lo demás que usted me cuenta... ¡No! ¡No lo creo!

BOUD. Yo no he dicho nada. Usted tantea el terreno hábilmente, durante unos días, y se convencerá.

ROSI. Sí, sí. *(Sin escucharle.)* ¿Será cierto?... *(Va a la izquierda y llama.)* ¡Poliche!...

BOUD. *(Aterrado.)* ¿Qué va usted a hacer, señora?...

ROSI. *(Sin oírle.)* ¡Poliche, ven en seguida!

BOUD. Señora... Yo le suplico... ¡Pues sí que guarda el secreto!... *(Entra Poliche lentamente, con desconfianza.)*

ESCENA IX

Dichos. POLICHE.

ROSI. ¿Qué es lo que me dice tu amigo? ¿Qué novela es ésta? Que tú no eres lo que creemos, sino un sentimental, que me ocultas tu cariño y lloras en los rincones... Explícate, Poliche.

BOUD. Por favor... Que está usted equivocada; que yo...

POLI. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Ha caído en la red! ¡Ha caído como un tonto! ¡Como un zoquete!... ¡Es para morirse de risa! Figúrate que le he gastado una broma estupenda para que después la repita a mis parientes de Lyon y lloren todos emocionados. ¡Será un espectáculo digno de verse! ¡Ja, ja, ja!...

BOUD. *(Tratando también de reír.)* ¡Sí, sí, sí!... ¡Eso es! ¡Tiene mucha gracia!... ¡Mucha!...

POLI. *(Dándole un puntapié. Aparte.)* (¿Quieres marchar-te ahora mismo?)

BOUD. No deseo otra cosa.

POLI. Hasta la vista, hombre crédulo. Ya te enviaré un acordeón para que cuando le cuentes la historia a la tía Anastasia, le haga más efecto.

BOUD. Adiós, Didider. Señora...

POLI. *(Aparte.)* (¡Vete, mal amigo!...) *(Mutis rápido de Boudier.)*

ESCENA X

POLICHE, ROSINA.

POLI. ¿Eh? ¿Qué te parece su candidez? ¿Tú has conocido alguno a quien se engañe con tanta facilidad?

ROSI. Poliche, no continúes.

POLI. Me figuro que no vas a caer también en la broma.

ROSI. *(Con un dedo en alto, y mirándole cara a cara.)* Poliche, mírame. No mientas. Lo he comprendido todo. He comprendido...

POLI. ¡Cómo? ¿Es que todos vais a perder el juicio en esta casa?

ROSI. Tu amigo ha dicho la verdad. Los ojos de Rosina no se equivocan.

POLI. ¡Es para morirse de risa! *(Riendo a carcajadas.)* ¡Para tirarse por el suelo!

ROSI. ¿De modo que es verdad *(Tomándole la barbilla para mirarle fijamente a los ojos.)*, mi pobre bebé?

POLI. ¿Hasta cuándo voy a tener que repetirte...?

ROSI. *(Tapándole la boca con una de sus manos.)* ¡Chist! ¡Calla!

POLI. Bueno, callaré. Continúa, si la broma te divierte. *(Cruza los brazos y golpea el suelo con el pie.)*

ROSI. Estas son cosas que no se sospechan en mucho tiempo, pero basta el menor detalle para que se adivinen en un segundo. ¡Pensar que has estado representando esta comedia!... ¡Qué niñería!... ¡Yo que creí que no te importaba tu mujercita!... *(Riendo.)* ¿Conque Poliche un sentimental, un melancólico?... La primera vez que se oye, parece cosa de risa.

POLI. Y lo es. Te lo digo yo. Una burla. Un modo de divertirme...

ROSI. ¡Quieres callar! No tengo mas que mirarte para convencerme que no es burla. *(Le mira con severidad. Poliche pestañea rápidamente; después se vuelve encogiéndose de hombros, pero su angustia le traiciona.)* ¿Por qué tienes miedo de mí? ¡Si supieras qué a tiempo llega tu cariño!... *(Dándole un golpecito*

en la mejilla.) Pero tu adorada Rosina no te perdonará no haber osado revelárselo. ¿Por qué? ¿Es que no me crees con bastante inteligencia o con bastante corazón para comprenderte? *(Se coloca a su lado en la «chaise-longue» y le observa con una atención oculta y extraordinaria.)* ¡Qué equivocado estabas!... Cuando lo que yo más echaba de menos en ti era un poco de amor...

POLI. Vamos, vamos. No te diviertas más a mi costa.

ROSI. Sí, el amor. Una gran afección de todos los instantes. Yo te encontraba seco, insensible y hasta el exceso de tu risa me molestaba en ocasiones. Y bien, puesto que, afortunadamente, eres distinto de lo que parecías, puesto que de veras me amas, mi mayor deseo es que desde mañana mismo vivamos juntos. ¿Lo oyes? ¡Juntos! ¡A ser dichosos!

POLI. *(Que ha estado mirando a Rosina con el rabillo del ojo, desconfiado.)* ¡Qué ganas tienes de bromear! Si piensas que con esas cosas me vas a hacer reír...

ROSI. No bromeo. Te hago el sacrificio de mis relaciones con esa sociedad que frecuentaba. Se hablará de nosotros... Que digan lo que quieran. Viviremos el uno para el otro, queriéndonos mucho. Los dos juntitos. ¿Quieres?

POLI. ¿Los dos?... ¿Tú... conmigo?... ¡Juntos!... *(No puede continuar, y rompe en sollozos.)* ¡Rosina!

ROSI. ¡Pobre Poliche! *(Se levanta y le pone una mano en el sombrero.)* Estoy conmovida. ¡Habrás sido tan desgraciado!... ¡Cuánto te habré hecho sufrir sin saberlo!... ¡Perdóname!

POLI. ¿Perdonarte?... ¡Si te debo lo mejor de mi vida!

ROSI. No mientas. Has sufrido por mí.

POLI. ¡Qué importa, si he podido hacerlo entre carcajadas y tú no has padecido viéndolo! *(Con amargura.)* Es el privilegio de la gente alegre: puede sufrir espantosamente sin que nadie lo advierta.

ROSI. Comprendo la sublimidad de tu sacrificio. Pero se acabó el fingimiento. Ya puedes ser como eres, no temas nada; yo, en el fondo, te quiero con ternura infinita, mi pobre Poliche... ¡No! ¡Poliche, no!... ¡Ya no más Poliche!... ¡Didider!

POLI. ¡Ah!, tanto peor si me engañas, tanto peor...; pero... ¡lo dices con una voz!..., ¡con una voz!...

ROSI. Así son los hombres. ¡Y creen conocernos!... ¿Qué es lo que toda mujer desea en el fondo de su alma?... Ser amada, ser comprendida. ¡Es tan hermoso!... Y tú me comprendes, tú me amas, ¿verdad?

POLI. ¡Como no lo has sido jamás! ¡Como no lo serás nunca!... ¡No se logra dos veces en la vida un amor como el que yo te tengo!

ROSI. ¿Por qué callaste? ¿Por qué temiste que yo rechazara ese amor?

POLI. Porque..., porque soy feo.

ROSI. ¡Lindo razonamiento! ¿Es que los hombres han de ser forzosamente hermosos para ser amados? A más; que todos fueran como tú. Sería un buen término medio. Esas son vulgaridades impropias de tu inteligencia. Vamos, sécate pronto esos ojos y dame un abrazo en castigo de no haber sabido conocer mi corazón. *(Le tiende los brazos.)*

POLI. ¡Rosina!... ¡Mi Rosina!... *(La estrecha llorando. Ella le limpia los ojos con su pañuelo.)* Yo sueño...; esto no es posible... *(Soltándose.)* ¡Es demasiado, demasiado hermoso!...

ROSI. ¿Estás contento?

POLI. ¡Mírame a la cara! Soy tan dichoso, que siento ganas de cerrar los ojos para que no se escape por ellos nada de la felicidad que llena mi sér.

ROSI. Y desde mañana, aquí tus muebles, tu mesa de despacho, tu guardarropa... Y ¿sabes lo que vamos a hacer para inaugurar oficialmente nuestros amores?

POLI. No.

ROSI. El otoño se anuncia espléndido. Alquilaremos en los alrededores de Fontainebleau una casita para pasar nuestra luna de miel.

POLI. ¡Una casita!... ¡La luna de miel!...

ROSI. Cerca de la que tiene alquilada Teresina.

POLI. ¡Viva Teresina! ¡Viva Fontainebleau!... ¡Viva la luna de miel!

ROSI. Y no quiero que vuelvas a violentarte por ser gracioso. ¿Lo entiendes?

POLI. Bromearé cuando me plazca, nada más.

ROSI. Y llorarás cuanto se te antoje.

POLI. ¡No! *(Conmovido.)* ¡No lloraré más! ¡Ya no tendré jamás ocasión de llorar!

ROSI. Y estás llorando al decirlo.

POLI. Esta vez es de alegría... ¡De verdadera, de enorme alegría!...

ROSI. ¡Es la felicidad, Didider!...

POLI. ¡Es el amor, Rosina!... *(Abrazándose.)*

ESCENA XI

Dichos. AGUSTINA. Después, el matrimonio JOURDENIEL.

AGUS. *(Anunciando.)* Los señores de Jourdeniel.

ROSI. *(Hace señas a Agustina de que pasen. Poliche se quiere separar de ella, pero ésta le retiene abrazado.)* No te muevas. Hoy es pública nuestra felicidad. Eres el dueño de la casa.

POLI. ¿Es de veras? *(Muy contento. A Agustina.)* ¡Que pasen los señores de Jourdeniel!... *(Agustina sale. Poliche contan-*

do los abrazos que da a Rosina.) Uno, dos, tres, cuatro... Adelante, amigo Jourdeniel. Soy contigo al momento... ¡Ahora estoy ocupadísimo!... *(Y sin moverse, continúan abrazados, riendo locamente, mientras que el matrimonio Jourdeniel entra en escena, y cae el*

TELON

ACTO TERCERO

Una sala de entrada o recibimiento de una casita de campo, un poco rústica, en los alrededores del bosque de Fontainebleau. Rosina ha hecho transportar allí elegantes muebles de su casa, que unidos a algunas sillas bastas con asientos de cordelillo de cáñamo y diversos trebejos completamente pueblerinos, forman un conjunto extraño y agradable. A la derecha, gran chimenea de campana, sobre la que hay bibelots, jarrones, bandejitas, etcétera. Una verdadera profusión de almohadones y cojines de seda; unos sobre el gran diván que hay recostado en el muro del foro, cerca de la chimenea, otros esparcidos por el suelo y los sillones. Biombos de laca, mesas, flores, etc. En la chimenea arde un buen fuego. Puerta lateral izquierda y otra al foro, junto a esta, gran ventana por la que se ve un apacible paisaje de jardín otoñal.

ESCENA PRIMERA

POLICHE, ROSINA, EL SEÑOR LECOINTE y SEÑORA DE LECOINTE. Al levantarse el telón, los cuatro juegan al dominó en una mesita colocada en el centro de la escena.

SRA. LEC. Seis blanco.

ROSI. Blanco y cuatro.

LEC. Siempre los cuatro. Yo paso.

POLI. A cuatros.

SRA. LEC. Yo paso.

LEC. ¿Tú pasas?

ROSI. Nosotros pasamos.

POLI. Ellos pasan. Bien. Cuatro doble y cuatro dos. ¡Dominó!

SRA. LEC. Con usted no hay manera. Gana siempre.

LEC. Mañana tomaremos la revancha. Hoy tenemos ya que retirarnos, hijita.

POLI. Un cigarrillo antes de marchar.

LEC. Gracias. *(Lo toma.)* ¡Quién nos hubiese dicho hace un mes, cuando llegaron ustedes, que jugaríamos juntos al dominó!

POLI. ¿Pues...?

SRA. LEC. Nosotros pensábamos que eran ustedes de esos parisienses orgullosos que desdeñan el trato con modestos horticultores.

POLI. Yo, al contrario. La primera vez que su esposo tuvo la galantería de traernos un manojo de begonias, pensé: «Este señor Lecointe me es muy simpático. Acabaremos jugando y cazando juntos».

LEC. ¿Y están ustedes contentos de la finca? ¿No hay ratones ni demasiados topos en el jardín?

ROSI. No.

POLI. Estamos encantados.

SRA. LEC. Hay que ver cómo han transformado ustedes la casa. Esto, que era antes la cocina, parece un salón.

POLI. Oiga usted, Lecointe; el último nenúfar, el único y que daba nombre a la finca, se está secando.

LEC. Ahí tiene usted una cosa que no he comprendido nunca, por qué el anterior propietario la llamaba «Los nenúfares», habiendo tan pocos. Era un solterón muy raro.

POLI. Puede que el llamarla así fuese un símbolo. Yo estuve a punto de no hacer el contrato por superstición. Los nenúfares dan la mala suerte.

SRA. LEC. ¡Oh, señor Meireuil! ¿Es posible que un hombre tan inteligente como usted crea en esas tonterías? ¡Eso es una broma!

LEC. ¿Bromas estos señores? No les creo capaces de ellas.

POLI. ¿Tan graves les hemos parecido?

LEC. Su señora, no tanto; pero usted tiene siempre un aire tan serio, tan imponente...

POLI. Un antiguo diplomático como yo, no puede reírse nunca. La costumbre es una segunda naturaleza.

LEC. Eso no. Hay quien parece que se acostumbra a una cosa y cuando menos se espera... ¡Ahí está para corroborarlo el caso graciosísimo que me ha ocurrido con Juan, mi antiguo jardinero, que ya trabajaba en vida de mi padre. Ayer le encontré desesperado al pie de un árbol y al preguntarle: «¿Qué le pasa, tío Juan?», respondió: «Me pasa... que acabo de comprender que yo no he nacido para jardinero». ¡Y hace sesenta años que desempeña el oficio! Aseguro a ustedes que me eché a reír.

POLI. Pues no es cosa de risa. Es un drama y un drama terrible y universal. ¡Son tantos los que equivocan su vida!...

SRA. LEC. Vamos, que se nos hace tarde.

POLI. ¿Vendrán ustedes mañana?

LEC. ¿A la misma hora?

POLI. Sí. A la misma. Prepararemos unos cuantos cartuchos.

LEC. Convenido. No se molesten ustedes.

POLI. *(Mostrando a Rosina, que no se mueve de un sillón de junto a la chimenea, a que fué a sentarse anteriormente.)* Ya ven ustedes que no. *(Sale Poliche un momento con el matrimonio.)*

ESCENA II

POLICHE, ROSINA. Esta mostrará un gran aburrimiento durante la escena. Después AGUSTINA.

POLI. *(Entra. Un silencio. Recogiendo un montón de periódicos caídos en el suelo, junto al sillón.)* ¿Has visto los periódicos de hoy?

ROSI. Los doce que hay.

POLI. *(Un silencio. Sentándose y repasando los periódicos distraidamente.)* ¿Sabrás entonces que el Café de París cambia de dueño?... La comedia de Devrene, parece que no ha gustado...

ROSI. No

POLI. ¿Y Jordeuil? ¿Te has enterado de su asunto con el joyero?

ROSI. Sí.

POLI. Ese pobre muchacho se prepara una vejez sin honor. ¿Eh? ¿Qué te ha parecido la frasecita? *(Ríe.)*

ROSI. *(Con acento de amable protección.)* Habla como quieras. No te esfuerces. *(Nuevo silencio de pronto.)* Didider...

POLI. ¿Qué quieres?

ROSI. Saber la hora.

POLI. *(Mirando su reloj.)* Las cinco... ¡Caramba, las cinco ya!

ROSI. Dame un cigarrillo encendido.

POLI. Toma. *(Enciende un cigarrillo y se lo da. En seguida toma de sobre una mesa un arco de salón. Le arma con la flecha, apunta al muro y dispara.)*

ROSI. ¡Ay qué miedo! Me has asustado.

POLI. Pues no es una cosa tan terrible. Un arco de salón. Con uno como éste atravesaba Guillermo Tell las manzanas sobre las cabezas de sus invitados.

ROSI. Pero tú no tienes ni manzanas ni invitados.

POLI. Por eso disparo a la cabeza de las moscas. Es un arco mata-moscas. Fíjate en la habilidad que he adquirido. ¿Ves aquella que se pasea por el marco de la puerta? *(Dispara.)* ¡Pum! Bueno, no la he matado, pero estoy seguro de que la he herido en los riñones.

ROSI. ¿No podrías entretenerte con algo más ruidoso?

POLI. *(Dejando el arco sobre la mesa. Dulcemente.)* ¿Te aburro?... ¿Quieres que me vaya al jardín?...

ROSI. No, amigo mío. Si era una broma.

POLI. ¿Quieres que antes de la comida tiremos a los pájaros? Un buen plato de pájaros fritos... ¿Eh?

ROSI. ¡Qué horror! ¡Qué cosas dices!...

POLI. Por complacerte me volvería sanguinario, y si tú me lo pidieses, sería capaz de dar muerte a un ruiseñor que estuviese cantando... Dicen que las mujeres tenéis en ocasiones esos caprichos.

ROSI. Gracias. Prefiero otras pruebas de amor.

POLI. *(Acercándose a ella muy cariñoso.)* ¿Es cierto, Rosina mía?

ROSI. *(Displicente.)* Sí. Pero no ahora.

POLI. *(Entre dientes.)* La mala sombra. ¡Los nenúfares!... *(Pequeña pausa. Muy apasionado.)* ¡Oye, mi bebé!...

ROSI. *(Rechazándole.)* Sigue matando moscas.

POLI. Bien. *(Se aleja canturreando.)*

ROSI. *(Mimosa.)* No cantes.

POLI. ¿Por qué?

ROSI. Porque se te conoce que no tienes ganas de cantar. Te he dicho un millón de veces que no debes creerte obligado a parecer contento... Tu melancolía no me desagrada.

POLI. ¿Lo dices con ironía?

ROSI. ¿Y Lindoro? ¿Dónde está?

POLI. En el jardín, de seguro. *(Va a la puerta foro y llama.)* ¡Lindoro! ¡Lindoro!...

AGUS. *(Fuera.)* Está conmigo en la cocina.

POLI. Está con Agustina. No te inquietes.

ROSI. Es curioso. En París estaba siempre deseando salir a la calle y ahora que está en el campo, no asoma las narices.

POLI. Es un perro que odia la naturaleza. Hay muchos como él. Yo creo que todos los animales. Lo que ocurre es que, como no tienen más remedio que aguantarse, la gente cree que están a gusto. He observado que los gallos son los que más detestan el campo; por eso cantan cuando amanece, no para saludar al astro rey, como dicen los poetas, sino para gritar: «¡Todavía aquí! ¡Todavía aquí!»

ROSI. *(Mirándole fijamente y moviendo la cabeza.)* No tiene gracia.

POLI. Si no lo digo como gracia. Es que lo pienso. Y con la gente ocurre lo mismo. Hay quien no puede soportar el campo; por ejemplo: tú.

ROSI. ¡Yo! ¡Yo le adoro!

POLI. Lo que no impide que te hayas equivocado al venir aquí a enjaularte conmigo, y que te aburras cuando aún no llevamos un mes... Si hubieras seguido en París, en medio del bullicio habitual de tus relaciones, acaso hubieses advertido menos la transformación de Poliche a Didider. Nosotros no estamos acostumbrados a estar en una soledad menor de cinco a seis personas.

ROSI. ¿No querrás hacerme creer que echas de menos el Bar y tus amigos?

POLI. ¡Por Dios, Rosina!... *(Pausa.)* ¿Vamos a dar una vuelta?

ROSI. No.

POLI. ¿Qué haremos entonces, hasta la hora de la cena? *(Entra Agustina por izquierda, con una bandeja y refrescos. A Agustina.)* ¿Traes el limón para mi vermut?

AGUS. *(Tropieza con un mueble, dándose un golpe en la rodilla y está a punto de dejar caer la bandeja.)* Sí, señor. Aquí está. *(El limón salta de la bandeja y va a caer a los pies de Poliche. Agustina se frota la rodilla.)*

ROSI. ¿Te has lastimado?

AGUS. No, señora. No es nada.

POLI. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Vaya un modo de servirme el limón!... *(Ríe locamente.)* ¡La mala sombra! ¡La mala sombra!

ROSI. Pero, ¿qué te ocurre? ¿Por qué te ríes así? *(Agustina se va por la izquierda muy seria y muy digna, pensando que Poliche se burla de ella.)*

POLI. ¿Tampoco puedo reírme?

ROSI. Si no lo sientes..., ya no me engañas. Ahora sé muy bien que tú no ríes jamás, mi pobre Didider.

POLI. *(Incomodándose.)* ¡Ea, ya basta! Es odiosa, es insoportable esa eterna conmiseración..., me río, porque creo que puedo reír..., ¡tengo derecho! *(Calmándose.)* Perdona mi exaltación, pero es que no puedo alegrarme de veras una vez, una sola, sin ver tu mirada fija en mí, con expresión de lástima, como si yo fuera Quasimodo en persona. No tienes idea del daño que hace ver tanta compasión.

ROSI. Perdóname y no te enfades. Toma, ya he exprimido el limón en tu vermut. Eso te calmará un poco. *(Se oye ruido en el jardín.)*

POLI. ¿Qué es eso?

ROSI. ¡Un auto!... Abren la verja... ¿Quién podrá ser?... *(Va a la puerta del foro y mira.)* ¡Ah! Es Teresina.

POLI. ¿Teresina? Te ha escrito esta mañana y no me has dicho que iba a venir ¿Por qué?

ROSI. No me señalaba día fijo. ¿Te disgusta que venga? Bien poco nos molesta: sólo nos ha hecho una visita desde que estamos aquí.

POLI. Me disgusta, porque esa no hace visitas sin motivo. Cuando viene alguna razón habrá.

ROSI. Ninguna. El gusto de charlar un rato.

ESCENA III

Dichos. TERESINA.

ROSI. *(Yendo a recibirla.)* ¡Cuánto te agradezco que te acuerdes de nosotros! *(Se besan.)*

TER. Amigos míos; no voy a hacer más que entrar y salir. ¿Qué tal los enamorados? ¿Cómo va, Poliche?

POLI. (*Frío.*) Bien, gracias.

ROSI. ¿Te quedarás a cenar?

TER. Imposible. Vuelvo de Fontainebleau, donde he ido a comprar farolillos a la veneciana, y me he entretenido más de lo que cría. Tengo mucha prisa.

ROSI. Cenamos a las seis. ¿Volverás en cuanto terminemos?

TER. ¿Cenais a las seis? ¿Por qué tan pronto? ¿Es para acostaros como las gallinas?

ROSI. No sabíamos cómo emplear el tiempo antes de la cena y la hemos adelantado una hora. Anda, quédate.

POLI. ¿Y para qué diablos necesita usted farolillos a la veneciana en Graz?

TER. Porque mañana es su santo...

POLI. ¿El santo de quién?

TER. De Rolsini. Toda la colonia de Graz va a felicitarle... Queremos iluminar el jardín.

ROSI. Resultará preciosa la fiesta.

POLI. ¡Preciosa! ¡Yo las llamo las fiestas de los constipados! (*Se oye la campana fuera.*) La campana de la verja. Debe ser el correo. Con su permiso, Teresina. Ustedes tendrán que decirse muchas cosas que no deberían decir.

TER. Un millón lo menos. Tenemos para cinco minutos. (*Mutis de Poliche puerta foro.*)

ESCENA IV

ROSINA, TERESINA.

TER. Nos deja solas...

ROSI. Es hombre de tacto.

TER. ¿Y qué tal tu vida aquí? ¿Qué haces?

ROSI. Vivir...

TER. (*Sacando un espejito y dándoselo.*) ¡Mírate!

ROSI. ¿Tanto he cambiado? Haces mal en decírmelo. Si has venido para eso, podías haberte quedado en tu casa.

TER. ¡Qué galante! Yo que te traigo una gran noticia.

ROSI. ¿Qué?

TER. ¡Le he visto!

ROSI. ¿Sí?

TER. Ayer. Vinieron los dos a Graz.

ROSI. ¡Pues sí que es muy agradable la noticia! ¿Luego siguen juntos?

TER. Sigue con ella, pero no la puede resistir.

ROSI. ¡Bah!...

TER. Me lo ha dicho él mismo. Me ha dicho también que está inconsolable por haberte perdido. Que tú eres la mujer de quien será esclavo toda la vida.

ROSI. ¡Para quien le crea!

TER. Haces mal, porque añadió: «¡Teresina, si ve usted a su amiga, dígale que la amo, que la amaré siempre mucho!»

ROSI. ¿Dijo mucho?

TER. Mucho.

ROSI. Repítelo.

TER. Mucho.

ROSI. Entonces, ¿por qué continúa con ella?

TER. Por consolarse de tu abandono, sin conseguirlo, por supuesto. Me dijo una comparación muy acertada. Asegura que Paulina es la droga desagradable que se ha de tragar para que se nos alivie un dolor.

ROSI. *(Sonriendo.)* Buena gratitud le conserva. ¡Qué hombre! *(Se sienta en un lado de la mesa.)* ¿Y ella, seguirá tan fea?

TER. Más que nunca.

ROSI. ¿De modo que hacen excursiones por los alrededores de París, como dos enamorados?

TER. ¿Eres tonta? Ha sido un pretexto de Saint-Wast, para hablarme de ti.

ROSI. *(Suspira.)* ¿Crees tú...?

TER. ¿Lo ves? Todavía le amas, y si tú quisieras, no tendrías mas que pronunciar una palabra, y a ser felices toda la vida.

ROSI. ¿Te lo ha dicho él eso? ¿El mismo? Responde.

TER. Sí. El mismo. Y tú no sabes con qué acento tan apasionado hablaba.

ROSI. *(Un silencio.)* ¡Ay, Teresina, Teresina! ¿Por qué has venido a recordarme?... Yo estaba tranquila..., era feliz...

TER. *(Levantándose.)* ¿Feliz?... ¿Aquí? ¿En esta choza?... ¿Y con Poliche?...

ROSI. Sí. No ambicionaba nada, no pensaba en nada..., no sufría... Llega un momento en que la felicidad no consiste en ser dichosos, sino en no sufrir.

TER. Hija mía, pensar, amar y sufrir, eso es la vida. Y hay que vivirla.

ROSI. ¿Para qué?

TER. ¡Animo, Rosina! Un poco de voluntad... Mírame a mí lo dichosa que soy. Lo soy porque quiero serlo

ROSI. Me siento fatigada. No quiero volver a la vida de antes. Nuevos amores son siempre nuevas penas.

TER. No digas eso. El amor es lo único que vale la pena de vivir. Vamos, recobra tu alegría, véngate de Paulina, quítale la felicidad que ella te robó...

ESCENA V

Dichas. POLICHE.

POLI. ¡Qué coincidencias tan extrañas las de este mundo! ¡Es asombroso!

ROSI. ¿Qué?

POLI. Acabo de abrir una carta que me escriben desde los alrededores de Graz, y... es una mala noticia para usted, Teresina.

TER. ¿Para mí? ¿Qué pasa?

POLI. ¡Tu quoque, hija mía!

TER. ¿Cómo Quoque? ¿Qué quiere decir quoque?...

POLI. Esa carta es de un amigo que habita una «villa» muy próxima a la de usted. Usted le conoce.

TER. ¿Quién es?

POLI. Permítame que me reserve su nombre. El seguramente ignora la estrecha amistad que nos une, porque me cuenta algunos chismes que conciernen a su amiguito de usted..., el cual, por mucho que usted se esfuerce en iluminar a la veneciana...

TER. ¿Qué? ¿Me engaña?

POLI. Engañar es poco.

ROSI. No le hagas caso. Está de broma.

POLI. Ojalá, pero la carta no deja lugar a dudas, y yo creo un deber de amigo advertir a Teresina.

TER. *(Tendiendo la mano para coger la carta.)* ¡Déjeme usted ver!...

POLI. Imposible. Pero puedo darle algunos detalles. *(Recorriendo con la vista la carta.)* ¿Conoce usted a una dama que viste de rojo, que vive en un hotel, que tiene un perrito blanco, y que se embarca, siempre sola, en una lanchita, de seis a siete de la tarde?

TER. Sí.

POLI. Pues la han visto repetidas veces, a esa hora, abandonarse en los brazos del pintor y amigo de usted, Rolsini... La lancha del crimen se llama «Mariposa».

TER. ¡En la nuestra! ¡Ay, Dios mío!

ROSI. No le creas, Teresina; no le creas.

TER. ¿Cómo no creerle? A menos de ser adivino, no podría saber nada de eso. ¡Ay! ¡A mí me va a dar un ataque de nervios!

ROSI. ¡No, no! ¡No hagas caso! Cálmate.

TER. ¿Qué hora es ya?

POLI. Las seis menos cuarto.

TER. Es decir, que dentro de un cuarto de hora...

POLI. Se aproxima el... abordaje. No se descuide usted. Aún puede llegar a tiempo.

TER. No llegaré antes de las seis y diez.

POLI. Será un poco tarde para usted... y un poco pronto para ellos.

TER. ¿Dónde está mi chófer? Es preciso que lleve el auto a ciento por hora. ¡Adiós, Rosina, adiós!

ROSI. Pero, mujer, aguarda...

TER. ¡Ay, Dios mío!... ¡Yo que estaba tan confiada!... *(A Poliche.)* ¡Adiós!

POLI. En amor, amable Teresina, se está siempre expuesto a estos placeres. *(Teresina sale precipitadamente puerta foro.)*

ROSI. ¡Teresina!... ¿No ves cómo corre?

POLI. Déjala. *(Mirándola también desde la puerta.)*

ROSI. *(Gritando.)* No te disgustes; no vale la pena.

ESCENA VII

ROSINA y POLICHE.

ROSI. ¿Te parece bien lo que has hecho? Podías haberte callado.

POLI. ¡Chist! Déjame saborear el ruido de ese automóvil que se aleja. En mi vida oí música más encantadora.

ROSI. ¡Pobre muchacha!... Decirle todo eso de pronto... *(Vienen a primer término.)*

POLI. ¡Y con qué placer!... Mi dinero me ha costado.

ROSI. ¿Tu dinero?

POLI. Tres luises. He tenido que soltar tres luises al chófer para que me informase de esas noticias.

ROSI. ¿Entonces la carta...?

POLI. No existe. *(Sacando el papel de antes.)* Es un prospecto de efectos de caza. Como yo tenía mis razones para desear que tu amiga se fuese pronto, he inventado esa novela con los datos adquiridos. He representado en ella el papel de la fatalidad. ¡Cataplús!...

ROSI. ¡Qué indignidad! Es una broma innoble. He aquí el Poliche en todo su esplendor... Estoy afrentada.

POLI. ¿Por el disgusto de ésa? No te preocupes; se lo debía y se lo he pagado.

ROSI. ¿Qué te ha hecho la infeliz?

POLI. ¿Qué me ha hecho? Lo que adivino, por desgracia. No hay mas que mirarte para comprenderlo. Ha removido las aguas quietas; lo que estaba en el fondo ha subido a la superficie. Desde hace un cuarto de hora, gracias a Teresina, no te aburres ya. Puede que sufras, pero no te aburres. Es la primera vez que esto ocurre desde que estamos aquí.

ROSI. ¿Eso es todo lo que encuentras para disculparte?

POLI. Sí. Y en lo sucesivo, que se atreva tu amiguita a poner aquí los pies.

ROSI. *(Que se iba, vuelve a oírle.)* ¿Qué dices? ¿Tienes hoy ganas de bromear? Yo recibo a quien quiero y como quiero. ¿Te enteras?

POLI. ¡No! Recaderos de esa especie no los recibes más; yo te respondo.

ROSI. ¡Esto es demasiado! ¿Ahora te permites dar órdenes? No echabas tantas plantas en aquellos tiempos en que no tenía mas que silbarte para que te echases a mis pies como un perrillo... Entonces no te revelabas. Te considerabas dichoso con que yo soportase tus besos por lástima...

POLI. Aquellos tiempos pasaron ya.

ROSI. ¿De veras? ¿Qué es lo que tú te crees ahora aquí..., el amo?

POLI. No. Pero sí el amante.

ROSI. El a... *(Irónica.)* ¡Qué gracioso estás diciendo eso! ¡Repítelo, a ver! El a..., ¿qué?

POLI. *(Con energía.)* ¡El amante! ¡Tu amante! ¡Y basta! He sufrido demasiado durante un año, arrastrando una vida de cobarde y de imbécil, para volver a empezar. ¡No! Eres mía, te tengo y te guardo! ¡Tengo derecho a mi vez a ser feliz!

ROSI. ¡Ah! Ya te descubres. Ya veo claro al fin. Estoy secuestrada.

POLI. Secuestrada o no, eres mía.

ROSI. ¡Bravo! Ya he salido de dudas. Soy la víctima de un hipócrita, que ha representado la comedia del sentimentalismo para subyugar a una mujer que halagaba su amor propio. Has sabido engañarme; pero ten cuidado, amiguito; descubriste el juego demasiado pronto.

POLI. ¿Crees que no he advertido que a todas horas piensas en él?

ROSI. Y aunque así fuera, ¿qué?

POLI. Eso lo veremos.

ROSI. ¿Qué piensas hacer?

POLI. ¡No lo sé!

ROSI. ¿Quieres que te diga lo que hay en el fondo de toda esta comedia? Que estás celoso. ¡Que tienes celos de un hombre guapo que vale más que tú!

POLI. ¡Qué infamia! ¡Calla, calla, Rosina! Que siento al oírte el más hondo desprecio; que me parece que no eres tú quien habla.

ROSI. ¿Y qué es tu cólera, sino bravata de hombre feo, que trata de recuperar por el terror un ascendiente que se va?

POLI. *(Fuera de sí.)* ¡No! ¡Calla, mala mujer!... ¡Calla, o...!

ROSI. ¡Ya está! ¡Pégame! ¡No te falta mas que eso! *(Pausa. Pasada ésta, Rosina hace ademán de querer marcharse.)*

POLI. *(Deteniéndola.)* ¡No te vas! ¡Aún no hemos concluído! Y ahora vas a empezar por estarte aquí quieta.

ROSI. ¿Cómo? ¿Es que tienes la audacia de mandarme?... ¿Te atreves?...

POLI. *(La coge por los brazos y la hace sentarse en el sillón.)* ¡Quieta, te digo! *(Se miden con los ojos centelleantes de rabia. Rosina queda inmóvil, pero sin someterse.)*

ROSI. *(Furiosa, tratando de levantarse.)* ¡Yo no tengo porqué obedecerte!

POLI. *(Con voz terrible.)* ¡Quieta! *(Ante esta amenaza, Rosina se sienta definitivamente. Poliche, pálido de rabia, da grandes paseos por la escena. Silencio, largo silencio. Poco a poco, Poliche va serenándose, sus puños crispados se aflojan, hasta entrar tímidamente en los bolsillos del pantalón. Va a respirar a la ventana. De pronto, se vuelve hacia Rosina con otra voz y otro ademán.)* ¡Delicioso! ¿Has visto cosa más deliciosa? ¡Pero qué locura nos ha dado a los dos? Todos somos humanos en la ternura, brutales en la cólera... Hace falta ser locos para decir cosas semejantes... Vamos, cálmate, cálmate, Rosina. ¿Quieres que te eche algo sobre los hombros? Quítate las chinelas para calentarte los piececitos en la lumbre. Los tienes helados. *(Le pone los pies al fuego y los calienta, sosteniéndolos entre sus manos cariñosamente.)* ¿De verdad no sientes frío? ¿No quieres que te eche algo sobre los hombros?

ROSI. *(Enfadada.)* ¡No!

POLI. ¡Oh, esa voz! Esa voz de enfado... Se está tan bien aquí, junto al fuego... Trae tu manita. *(Cogiéndola. Ella intenta retirarla.)* No la retires, vamos... *(Se sienta sobre la cola de su bata en el suelo; toma una de sus manos y deposita en ella un largo beso.)* ¿Lo ves, amor mío? Yo cometí un gran error el día que hablé. Cedí a la tentación de la felicidad. Fué un desatino... Debí negar, negar hasta la muerte... Eso prueba que todos los días no es uno inteligente... En tu corazón y en tu cerebro había otro yo y le he matado neciamente sin poder reemplazarle. Existía otro Didider, tu Poliche. No era yo mismo, era mi sombra, pero tú la amabas... Tú la acariciabas como a un perro..., ¡y yo era dichoso!... Creí poder sustituirla; tú también lo creíste... Nos hemos equivocado.

ROSI. ¿Por qué? Porque en un instante de nerviosidad, te he dicho algunas frases... *(Con voz de niña arrepentida y mimosa.)* Esas frases, te aseguro que al decirlas no las pensaba.

POLI. Lo sé. Pero ya es mucho haberlas pronunciado... *(Suspirando.)* Mañana las pensarás. ¡Ay, amigo Boudier, a qué error nos ha arrastrado tu indiscreción!

ROSI. Yo no sé lo que te sucede. Hablas y hablas... ¿Qué es lo que vas a imaginarte..., que yo...?

POLI. ¡Chist! No te disculpes. ¿Crees que yo te lo reprocho? No, mi bebé... Tú haces todos los esfuerzos imaginables, tú luchas valerosamente contra el inconmensurable fastidio que yo te proporciono... Tienes razón. Yo ya sabía que no era este mi papel. Pero nunca creí que pudiera serte enojoso hasta ese punto. *(Pequeña*

pausa.) ¡Ah, si pudiese recobrar mi papel de antes. Aquél que tanto te divertía y que tan fácil me era... ¡Imposible! El truco está descubierto... Y tú no te imaginas cómo me avergüenzo de haberte divertido doscientos veinticinco días, los he contado, al aburrirte uno sólo...

ROSI. Te aseguro que no me aburro lo más mínimo. Estoy tranquila, es verdad. No voy a ponerme a dar saltos como una loca, pero soy feliz...

POLI. *(Sonriendo tristemente.)* ¡Por piedad, Rosina! Todavía no hay entre nosotros nada vergonzoso, o muy poca cosa. Olvida las torpezas que acabo de decir en un momento de cólera, y concédeme el gran honor, digno de tu Poliche, de tu viejo amigo Poliche, de ser sincera. Es este un momento decisivo... ¡Y sufres tanto...!

ROSI. *(Con arrebato.)* ¡Eres el mejor de los hombres! ¡El mejor! Y bien, sí... Sufro..., sufro mucho... Es vergonzoso decirlo..., pero tienes una voz tan persuasiva, tan dulce, para hacerme confesar lo que siento...

POLI. Es la voz de uno que ha oído muchas veces la de Rosina.

ROSI. *(Con el pañuelo entre los dientes, con voz vergonzosa y apagada.)* Es triste, es vergonzoso..., pero es más fuerte que yo... No es que me aburra a tu lado..., no... Es que no puedo olvidar ciertas cosas. La ruptura con el otro ha sido demasiado brusca..., demasiado rápida... Por eso tal vez, vuelvo a pensar...

POLI. Habla, habla, no temas. Dilo todo... Es tu confidente de otras veces quien te escucha. ¿Te acuerdas?

ROSI. No puedo dejar de pensar... Me es imposible... ¿No te mortifica lo que te digo, verdad?... Te das perfecta cuenta de que esto no es amor... A ti, que tienes un alma tan elevada, no pueden herirte estas mezquindades... *(Bajando la voz.)* Yo creo que estoy celosa..., humillada por mi rival... ¡Es horrible!... ¡Cómo debes despreciarme!

POLI. ¿Despreciarte yo?

ROSI. Sí. Son tan bajos estos sentimientos. *(Pausa.)* Si yo le viese... Yo creo que si le viese, si le hablase, acabarían todas mis zozobras y esto pasaría, sí..., pasaría..., ¡qué vergüenza decirte estas cosas!... (*Casi llorando.*) Déjame llorar. (*Se vuelve para llorar.*)

POLI. ¡Pobre Rosina! Me enamora tu pena tan sencilla, tan natural! *(La coge la cabeza y la vuelve hacia sí. Pausa.)* Será preciso que vayas a reunirte con él.

ROSI. *(Vivamente.)* ¡Oh, no! Después de lo que me has dicho hace un instante, no me atrevería.

POLI. Sí. Es preciso. Irás a reunirte con él. Lo deseo, lo mando. No te importe que yo... De mí no te preocupes... No hay que hacerse un mundo de cosas tan pequeñas... ¡Bah! *(Acaricia*

a Rosina dulcemente, mirándola con una larga sonrisa llena de tristeza.)

ROSI. (*Estallando en sollozos y cogiéndole un brazo con pasión.*) ¡Poliche! ¡Mi Poliche!... ¡El único que sabe querer de verdad!

POLI. ¡Ah! ¡Por fin vuelvo a oírte aquel nombre querido! ¡Mi nombre!... Didider era feo... Llora, gatita mía, llora... (*Pausa, durante la cual ella sigue vertiendo silenciosas lágrimas, mientras el la acaricia el cabello.*) Todo lo que nos sucede es tan injusto, tan inhumano... ¡Ay! En la vida, no se hace lo que se quiere. (*Pausa. Rosina se serena. El gran fuego de la chimenea ilumina la habitación con reflejos fantásticos.*)

ROSI. Déjame estar así..., apoyada en tu hombro... ¿Por qué no podemos ser felices?

POLI. ¡Pchs! ¿Qué quieres? No es culpa tuya ni mía. Hay amores que nacen armónicos, acordes y otros que nacen desafinados. El nuestro nació con la horrible discordancia de un piano viejo, y el afinador, al pretender ponerlo a tono, ha roto las cuerdas. Ha bastado un segundo, una palabra... Y ¡crac! En fin... (*Le aparta de la frente algunos rizos rebeldes.*) Es preciso que vuelvas a ser dichosa. Si tú supieras que yo nunca he deseado mas que tu felicidad. ¡Te amo tanto!... ¡Tanto!... Mi carita de rosa... Mi muñequita, que hace todo cuando puede, por ser buena! (*Poniéndose en pie.*) ¿Ves qué sencillo es todo cuando se quiere? Vamos, sonríe. . No estés triste. (*La obscuridad en la habitación es completa. Sólo el fuego alumbra las caras y el vestido blanco de Rosina.*)

AGUS. (*Abriendo la puerta lateral.*) Señora, ¿se puede servir la cena?

POLI. Sí. (*Agustina se retira, cerrando la puerta. Poliche mira a Rosina postrada y sollozante y dice:*) Vamos, sonríe... ¿Ves?... Nada ha cambiado. Todo es como antes... Anda, ven a la mesa... Levántate... ¡Aupa!... (*La coge de la mano como a una niña y la hace ponerse en pie.*) Y ahora, la niña chiquita, se va a dejar poner las chinelas, porque no puede ir hasta el comedor con sus piececitos desnudos. (*Y tierno y dulce, le pone las chinelas, una tras otra, mientras ella suspira emocionadísima.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

Cantina de una pequeña estación ferroviaria de los alrededores de París. A la derecha, segundo término, la puerta principal que da al andén, por la que se ve la vía, cuya prolongación se verá también a través de los cristales de unas grandes ventanas del foro. Los rieles que relucen los discos y señales y un paisaje pelado, de cielo gris, en el crepúsculo de una tarde de otoño. Al foro, el mostrador. En la izquierda, primer término, otra puerta pequeña por la que entran algunos de los viajeros, convenientemente distribuídos por la escena, varias mesitas y veladores de mármol. Aspecto de frialdad y tristeza.

ESCENA UNICA

ROSINA, POLICHE, sentados junto a una cesita, casi en el centro de la escena. Un CAMARERO, la encargada del mostrador. Un HOMBRE, un ALDEANO, hablan de pie. Varios parroquianos (sentados en mesas y veladores); a su tiempo AGUSTINA, un EMPLEADO de la estación, un MUJER con una NIÑA de pocos años y un VIAJERO retrasado.

CAM. *(Gritando.)* ¡Un bock!

HOMB. *(Al Aldeano.)* Conque buen viaje, hasta la vista. Si ves a Poudrette le dices que mañana a las dos estará en la Notaría.

ALDEA. Está bien, señor Maillard. *(El Hombre se va por la puerta izquierda. El Aldeano al Camarero.)* ¿A qué hora pasa el tren para París?

CAM. Dentro de doce minutos. A las seis y cuarenta. *(Se va el Aldeano por la puerta derecha. El Camarero se acerca a Poliche y Rosina, que están cabizbajos y sin hablar.)* ¿Desean tomar algo los señores?

POLI. ¿Tú qué quieres?

ROSI. Me es lo mismo.

POLI. Dos chartreusses... *(El mozo se aleja gritando.)*

CAM. ¡Dos chartreusses!

POLI. ¿No notas un poco de corriente de aire? No vayas a ponerte enferma. *(Rosina hace seña de que no.)* ¿Y Lindoro?

ROSI. Está ahí, entre las mantas. No se mueve.

POLI. Di... ¿Me autorizas a pagar todas las cuentas que presenten?

ROSI. Yo no sé si queda alguna. El carbonero... El carnicero..., cosas así, tal vez...

POLI. Por lo demás..., hasta que yo me vaya...

ROSI. Ayer me dijiste que dentro de unos días.

POLI. Desde luego. No pienso quedarme hasta el fin del alquiler... Acaso hasta las primeras nieves. Lecointe dice que vienen bandadas de perdices, pero yo me temo, que ni las perdices esperarán aquí el invierno. *(Sonriendo.)*

ROSI. *(Mirándole con expresión.)* ¡Poliche!...

POLI. ¿Qué?

ROSI. Dame la mano.

POLI. Pueden vernos.

ROSI. Por debajo de la mesa. *(Le estrecha la mano bajo la mesa, mirándole a los ojos. El mozo les sirve. Cuando éste se aleja, dice Rosina.)* ¡No! Decididamente no me marcho. Di una palabra, una sola y me quedo... Sería lo mejor.

POLI. No, Rosina. No cometamos un nuevo error. Llegaría un día doloroso... Es horrible leer en un rostro que amamos, el gesto de rencor del que hace una cosa que no es la que desea. Yo no quiero que conserves un mal recuerdo de mí. Cuando luego pienses en tu Poliche, deseo que puedas decirte: «Era bueno y me quería mucho.»

ROSI. ¿Por qué hablas como si no debiésemos vernos más? Quedemos buenos amigos, puesto que tú piensas que es imposible que volvamos a ser los de antes. Yo no veo por qué es imposible... Si tú quisieras...

POLI. ¿Transigir? *(Sonriendo.)* Sí; eso arreglaría todo... Aquel Poliche hubiera podido hacerlo. ¡Podía tantas cosas!... Yo, no. Los hombres, Rosina, somos unos egoístas difíciles de complacer.

ROSI. ¿Vendrás a verme en seguida que vuelvas a París? Te lo exijo.

POLI. Seguramente.

ROSI. ¿Por qué no vas un día de éstos? Comeríamos juntos.

POLI. No; por ahora es difícil... Antes es preciso que vaya a Lyon. Mi ausencia quizá se prolongue algún tiempo...

ROSI. Haces mal en entristecerte... Quién sabe el porvenir... Acaso...

POLI. *(Con amargura.)* Sí...; el porvenir...

ROSI. ¡Mi mejor, mi único amigo! ¡Con qué pena vas a quedarte por mi causa!

POLI. No. No te acuses, no te atormentes pensando eso. Tú no eres culpable de lo ocurrido. Nuestra historia es una cosa sin importancia. ¡Bah! Tú eres encantadora..., adorable, y yo... *(Hace un gesto vago en el espacio.)* ¡Pchs!... Es la vida... Eso es lo que hay que decirse.

ROSI. Eres tú quien no quiere que siga contigo.

POLI. Yo, sí. Yo soy quien destruye voluntariamente nuestra felicidad. Dilo, repítelo muchas veces, para no olvidarlo más tarde, cuando sientas pena. He sido yo.

ROSI. Acompáñame, al menos hasta París. ¿No quieres? Va a estar tan triste esta noche nuestra casita..., cuando estés solo en ella..., solo en nuestro cuarto... Anda, vente; vuelves mañana...

POLI. No... Es mejor que me quede.

ROSI. Además, esta separación será motivo de habladurías que te harán sufrir. ¿Qué dirá la gente..., los amigos..., todos los camaradas que te aguardan?

POLI. ¡Bah! Un Poliche que se ha perdido, ciento que se encontrarán. Cuántos hay como yo, que durante un año o dos, asombran a todo París, vaciando alegremente su copa en casa de Maxim's, llenándola de nuevo en otros cabarets a la moda..., asociando un instante la ficción de su vida a las frivolidades de ese mundo que yo he atravesado contigo, Rosina, y que ahora abandono. He tenido muchos predecesores, y muchos me sucederán... Todos desaparecen de la circulación. Nadie vuelve a saber lo que ha sido de ellos. Se les supone un fin novelesco. ¡No! Yo sé dónde están. Dónde estaré yo muy pronto... En Lyon... Todos están en Lyon, en Burdeos... Comercian en vinos, son excelentes burgueses provincianos. Allí aguardan impacientes la vejez, la edad en que el corazón se apacigua..., y el domingo, cuando pasean con las manos a la espalda, tomando tranquilamente el sol, piensan en su juventud... ¡Piensan en ti, Rosina! *(Muy conmovido.)*

ROSI. ¡Poliche! *(El Camarero enciende el mechero de gas que alumbra la cantina. Los discos de la vía se iluminan con luz roja y verde.)*

AGUS. *(Entrando del andén.)* ¿Me puedo llevar el equipaje?

ROSI. Sí. *(Toma maleta y bultos que hay a los pies de Rosina.)* Llévate también el perrito. *(Agustina coge el perro, siempre envuelto en su manta.)*

POLI. *(Acariciándole.)* ¡Adiós, Lindoro! ¡Adiós, viejo compañero... ¡Buena suerte!... *(Se oye sonar repetidamente un timbre.)*

ROSI. ¿Será ya el tren?

AGUS. No, señora. Es el anuncio de que llega. *(Se va.)*

ROSI. Poliche, amor mío, apriétame la mano... Fuerte, muy fuerte. ¡Mírame a los ojos..., más..., más aún... *(Se han cogido la mano. Se miran largamente.)* Dime que me quieres.

POLI. Te quiero.

ROSI. *(Llorando, con palabras entrecortadas.)* Didider... ¿Por qué no has querido..., por qué?

POLI. ¡Calla! Estas no son cosas para decirlas en dos minutos. Dos minutos. ¿No oyes el tren que llega?

ROSI. ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

POLI. *(Mirándola con ternura.)* ¡Eres adorable! *(A lo lejos*

el disco cambia de color. Se oye el ruido del tren que entra en la estación.)

EMPL. *(Grita asomándose a la puerta.)* ¡Señores viajeros para París! ¡Al tren! *(Una mujer con una niña entra por izquierda y atraviesa la escena rápidamente.)*

NIÑA. Mamá, cómprame una naranja.

MUJER. Aquí no hay naranjas. Esto no es una fonda. Vamos. *(Salen.)*

POLI. Ten cuidado, no pierdas el tren. *(Golpea en la copa. Se acerca el Camarero.)* ¿Cuánto es esto?...

CAM. Dos chartreusses... Un franco cincuenta. *(Cobra el mozo y se va. Se ve el movimiento de la gente en el andén.)*

ROSI. ¡No puedo más! ¡No puedo más! *(Llorando.)*

POLI. Mira; es mejor que nos separemos aquí. No te acompaño hasta el vagón.

ROSI. ¿Por qué?

POLI. Los adioses, las despedidas, impresionan, y... los hombres que lloran hacen reír a la gente.

ROSI. ¡Didider!... *(Se levantan los dos.)*

POLI. Toma, no olvides tu saquito... *(Dándoselo.)* Vamos. La última sonrisa. ¡Adiós, Rosina! ¡Adiós, mi amor, mi vida!... *(Muy conmovido.)*

ROSI. No. No me digas eso. Hasta muy pronto.

POLI. Sí. *(Se ha rehecho. Abrazándola simplemente.)* Adiós, Rosina.

ROSI. Yo..., yo... Poliche... *(Quiere hablar, pero no puede. Tan grande es la emoción que siente.)*

POLI. No busques la frase final. No la encontrarías. Sea esa la última palabra... ¡Poliche!... ¡Polichinela!... *(Con amargura.)*

EMP. *(Fuera, gritando.)* ¡Señores viajeros, al tren! *(Rosina, después de un último apretón de manos, sale rápidamente y desaparece. Entonces Didider se apoya en el marco de la puerta. Allí queda unos segundos mirando fijamente al exterior; después, tímidamente, con gran torpeza, saca un pañuelito de su gabán y le agita en el aire. Al retirarse, con la cabeza baja, el cuello del abrigo levantado y el sombrero hundido hasta los ojos, tropieza con un viajero retrasado que entra por la izquierda apresuradamente y atraviesa la cantina. Al tropiezo se cae el bastón del viajero.)*

VIAJ. *(Colérico.)* ¡Podía usted mirar por dónde va!

POLI. *(Se agacha, recoge el bastón, se le devuelve, sonriendo a través de sus lágrimas, y dice.)* Usted perdone... *(Sale corriendo el viajero y desaparece por la puerta del andén. Poliche sigue andando casi tambaleándose, en dirección a la salida de la izquierda. Se oye el silbido de partida del tren. En la garganta de Poliche se desgarra un sollozo.)*

TELÓN

RAFAEL DE MIGUEL y JOSE PEREZ LOPEZ

El día del Juicio

BOCETO DE SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 7 de febrero de 1919.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SERAPIA	Nieves Suárez.
TERESITA	Carmen Posadas.
LA SEÑA ZOILA	Juana Manso.
EL SEÑOR ULPIANO	Francisco Alarcón.
CARMELO	José García Aguilar.
LEONCITO	Antonio Estévez.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

ACTO UNICO

Habitación de planta baja, donde tiene instalado su obrador de sastre el señor Ulpiano. La casa es de aspecto modestísimo y se supone enclavada en uno de los barrios extremos más populares de Madrid. Una puerta en primer término izquierda da paso a las habitaciones interiores, y otra, a la derecha, que comunica con el portal. Al foro derecha, una ventana grande con vidriera de dos hojas, abiertas al interior. Forillo de calle muy recargado de luz. Al foro izquierda una percha con ropa de paño. En segundo término izquierda, y en sentido paralelo al foro, una mesa amplia de las que usan los sastres con varias prendas; una plancha y su correspondiente pie. Una esponja en una cazuela de barro y un cepillo grande. Un lienzo obscuro. En el suelo, delante de la mesa, un trozo de estera, y en torno de ésta dos sillas bajas. Más sillas altas junto a las paredes. Cuadros con figurines y patrones. Es de día.

Al levantarse el telón están en escena el SEÑOR ULPIANO, trabajando en la mesa; puede estar planchando una prenda, y la SEÑORA ZOILA, de unos cincuenta años, tipo de cotilla de vecindad.

ZOILA. *(Asomando la gaita por la puerta de la derecha.)* ¿Se puede?

ULP. Adelante, señá Zoila.

ZOILA. *(Entrando. Trae unos pantalones muy rotos recogidos en la mano. Cojea horriblemente.)* Buenos días, señor Ulpiano.

ULP. Mu buenos los tenga usté. ¿Qué tal andamos?

ZOILA. *(Yendo hacia él como en un columpio.)* De primera gracias a Dios.

ULP. ¿Me trae usté algo bueno?

ZOILA. Hombre, tanto como bueno... Le traigo a usté estos pantalones. Son de mi hombre.

ULP. A ver, a ver.

ZOILA. Y quisiera que me sacara usté unos pa el barrabás de mi pequeño.

ULP. *(Desplegando los pantalones, que son un mapa.)* ¡Señora, de esto lo que se pué sacar, y quedaría muy bien, son unos zorros!

ZOILA. ¡Unda! ¡Pues no se lo diga usté a mi hombre!

ULP. ¡Unda! ¡Pues se lo digo a usté, a su hombre, a un notario y a Romanones!

ZOILA. ¡Ay, hijo; quién pudiera tener la lengua tan expedita como usté! Pero con mi Agripino no le servía. ¡Cualquiera le convence con palabras a ese arrastrao!

ULP. ¿Qué, sigue usted cobrando? *(Acción de pegar.)*

ZOILA. A destajo; sí, señor.

ULP. ¡Pero qué prima es usté, señora! ¡Zúmbele usté a él!

ZOILA. ¡Que le zumbe, que le zumbe!... ¡A ver si se ha creído usté que él se va a estar quieto pa que yo le zumbele!

ULP. Mujer..., él le da a usté, es un supongamos, una torta con una mano, y después de dársela, como es natural, baja la mano... Bueno..., pues entonces usted...

ZOILA. Entonces yo me encuentro con la otra mano en el otro carrillo. Es de una actividad pa los gaznatazos, que si hubiera concurso se llevaba el premio. ¡Usté no le conoce, señor Ulpiano! Pero, en fin, no hablemos de animales. ¿Y las chicas?

ULP. Están de juicio.

ZOILA. ¿Es hoy el de la bronca?

ULP. Hoy.

ZOILA. La verdá es que no ha tenido suerte la Teresa.

ULP. Con una hermanita como la Serapia, que es la desazón a caño libre, ¿quién tié suerte?

ZOILA. ¡Ya, ya!... Lo que es la Serapia... Con el mío quisiera yo verla.

ULP. ¿Con el de usté?... Se disecaban.

ZOILA. *(En plan de despedirse.)* Pues que salgan con bien de lo del juicio.

ULP. Dios lo quiera, porque si no, me se figura que en este taller se va a adelantar la Nochebuena.

ZOILA. ¿Sí?

ULP. Va a haber hemorragia de capones, señá Zoila.

ZOILA. ¡Señor Ulpiano!

ULP. *(Que ha seguido planchando.)* ¡Ay! ¡Me he planchado la cabeza del índice!... ¡Maldita sea!

ZOILA. Chúpeselo usté un poco, que la saliva adormece las quemaduras.

ULP. Pitorreos, no, señá Zoila.

ZOILA. No es pitorreo, señor Ulpiano. A mí me cayó en el gordo de esta mano un chorro de aceite hirviendo, y a los tres cuartos de hora de tenerlo en la boca, adormecío.

ULP. Bueno; eso lo puede usté hacer en su casa, porque no la ve nadie. Pero aquí, que a lo mejor entra mucha gente... Figúrese usté lo que dirían si me viesen así. *(Metiéndose el dedo en la boca.)* Lo menos que me dicen es que ya tengo bastante edaz pa soltar el biberón.

ZOILA. Con probar no pierde usté na. Vaya, hasta luego. Y repito que salgan con bien... ¡Ah! Y ahí queda eso *(Por los pantalones.)* pa que lo arregle.

ULP. Pero, señá Zoila....

ZOILA. Usté es muy mañoso y quedarán al pelo. Luego volveré pa que me cuenten lo del juicio.

ULP. Como usté quiera. Pero llévese los zorros.

ZOILA. Qué guasón es usté. *(Mutis por la derecha. Entra Carmelo, torerillo de invierno, conocido por «El Chico de las Maldonadas». Mucho postín, mucha labia y mucho desahogo. ¡Una monada!)*

CAR. *(Desde la ventana del foro.)* ¡Anciano!

ULP. *(Sin interrumpir la faena más que para ver quién es.)* ¿Qué hay, pollo?

CAR. ¿Está la Serapia?

ULP. No, señor.

CAR. Pues dela usté un aviso.

ULP. De su parte.

CAR. Dígala usté que ha pasao por aquí «El Chico de las Maldonadas», matador de novillos-toros, y que ha tenío la atención de asomarse pa verterla un saludo.

ULP. Es usté muy cumplido.

CAR. Dígala usté de paso que se ande con escafandra pa salir de su albergue mientras hable con un servidor.

ULP. ¡Caray! ¿Pero es usté el novio de mi hija Serapia?

CAR. Dende ayer.

ULP. Pues no lo sabía.

CAR. Ni falta.

ULP. ¡Hombre, soy su padre!

CAR. Como si fuese usté un sobrero de Villagodio.

ULP. *(Incomodado.)* ¡Aquí no hay más sobrero que usté!

CAR. *(Tomándolo a chufla.)* ¡Los hombres con salsa!

ULP. Transite, transite el fenómeno.

CAR. Luego tendré el gusto de saludarle y darle a usté la enhorabuena por mi adquisición. ¡Hasta luego, sastrundi!

ULP. *(Furioso.)* ¡Oiga usté!...

CAR. ¿Qué pasa?

ULP. *(Levantando la plancha.)* ¿Pero esto que es?

CAR. ¿Eso? Una plancha. ¿No lo está usté viendo? *(Mutis.)*

ULP. ¡Maldita sea la oportunidad del tío este! ¡Y graciosito que es! Lo que necesita mi Serapia: ¡un tío gracioso... y torero! Por supuesto, que debe torear lo que yo. Y debe ser tan valiente como yo, que el otro día estaban unos muchachos en la calle jugando al toro con una banasta. Yo ni me había fijado al pasar, y de pronto gritan catorce o quince chicos: ¡¡Toro!! ¡¡Toro!! Bueno, como si me hubiera dado cuerda, eché a volar, y en la ferretería del cuarenta y seis caí como una bala en un saco de puntas de París. ¡Rediez con el susto que me dieron los chicos! *(Entra Teresita. Tipo de chulilla madrileña, menudita y simpática. Trae sobre los hombros un mantoncito de crespón, que al entrar se quita. Va directamente a una sillita baja, disponiéndose a trabajar. Da visibles muestras de contrariedad y disgusto.)*

TER. Ya estamos aquí.

ULP. ¡Hola! ¿Ya?

TER. Sí, señor.

ULP. ¿Y la Serapia?

TER. Ahí se ha quedao en el portal, contándoles su triunfo a todas esas cotillas que nos estaban esperando.

ULP. ¿No os habéis encontrao con «Gallito»?

TER. ¡Qué «Gallito» ni qué narices!

ULP. Mujer, el novio de tu hermana.

TER. Vamos, padre, que no estoy para bromas.

ULP. ¿Qué? ¿No habéis salido bien?

TER. Ya lo creo.

ULP. Menos mal.

TER. To ha caído sobre las costillas del pobrecito León. Seis días de arresto, las costas, treinta pesetas de multa..., ¡qué sé yo! Como si hubiese cometido un crimen.

ULP. Un corretivo no está mal.

TER. ¡Un corretivo!... ¡Bueno!

ULP. La torta que te dió valía más de las treinta pesetas.

TER. Pero si tóo fué una broma.

ULP. ¡Una broma! ¡Y te ha durao ocho días la osidación de as mandíbulas!

TER. Pero si lo de la boca ha sío un flemón. ¿No lo sabe usted? ¡Parece mentira!

ULP. ¡Pero si el flemón era oriundo del tortazo!

TER. No, señor; una muela picá. Mi pobre León es inocente... Pero mi hermana va a ser su ruina y la mía.

ULP. ¿Qué dices?

TER. ¿No sabe usté lo que se le ha ocurrido?

ULP. Alguna de las suyas.

TER. ¡Que tengo que separarme de mi marido para siempre!

ULP. ¡El divorcio!

TER. *(Lloriqueando.)* Así como suena. En el Juzgao se ha puesto de acuerdo con un escribiente pa que haga un escrito al juez pidiendo un depósito pa mí... ¡Hay que ver!... Separá de mi marido al mes de casá. ¡Con lo que yo tenía que hacer en mi casa!

ULP. ¡Ya, ya! Es cuando más se tiene que hacer..., ¡al mes de casarse!

SER. *(Dentro.)* Gracias, señá Zoila y la compañía; muchas gracias.

TER. Ahí está.

ULP. Anda, ponte a trabajar, a ver si la animamos.

SER. *(Dentro.)* Sí, señora; hemos salido bien. El fiera de mi cuñao lo ha pagao tóo... Muchas gracias. *(Entra Serapia. De tipo viene a ser como su hermana, pero de carácter es la más acabada contraposición: altiva, déspota, descarada. Nada le satisface como la seguridad de haber molestado al prójimo.)*

SER. *(Muy contenta.)* Ya estamos aquí. *(Se quita el mantón y lo tira sobre una silla.)*

ULP. Ya me ha dicho Teresita el resultao.

SER. ¡Manífico! Bueno, yo he estao de oradora criminalista, que si me oyen Doval o Díaz Valero se les acataratan las pupilas.

ULP. Sí, ¿eh?

SER. ¡Vamos! Lo primero, entramos en la sala y nos leyeron una epístola. Deseguida, el juez mandó que hablase el guardia. Con las mismas, el guardia dijo que no sabía na porque los hechos ya habían pasao cuando él llegó, y que yo le mandé que nos detuviera a todos.

ULP. Y hablarías tú.

SER. ¡Como las propias rosas! «Este bandido—dije señalando a mi cuñao—, este hombre sin entrañas, este tigre con cara

de primo, golpeaba brutalmente a mi pobre hermana cuando le sorprendí a la puerta de un cine.»

ULP. ¿No fué a la puerta de un tupi?

SER. Sí, pero yo dije a la puerta de un cine para darle más visos de melodrama al asunto. Además, como el móvil fué una película...

ULP. No eres tú nadie peliculeando.

SER. También dije que mi cuñao estaba bebido.

ULP. Si era verdad...

SER. Y que tenía en la mano una navaja barbera.

TER. Eso es mentira.

SER. ¿Que no lo dije?

TER. Que no la tenía.

SER. Pero el Tribunal se lo creyó. Como es barbero...

ULP. ¿Y León no protestó?

SER. Varias veces. Hasta que el juez exclamó mu irritao: «Cállese el delincuente y no interrumpa, que lo que dice una dama es siempre la chipén de lo verídico.»

ULP. ¡Olé la órdiga! ¡Vaya un juez flamenco! *(Leoncito por la derecha. Es un infeliz. Viste chaquetilla blanca de barbero y gorra.)*

LEON. *(Desde la puerta y con voz entrecortada por la emoción.)* ¡Bu...! ¡Buenos!...

ULP. *(Aparte.)* ¡El interfecto!

SER. *(Aparte.)* ¡El criminal!

TER. *(Aparte.)* ¡Mi León!

LEON. *(Temblando de miedo.)* Muy buenos días... *(Pausa; nadie le contesta.)* Muy buenos... *(El silencio de los demás le anima y dice más fuerte.)* Pero que muy buenos.

ULP. *(Aparte.)* Este viene a fallecer aquí.

SER. *(Con mucha sequedad.)* Inmejorables.

ULP. Penetra si apeteces.

LEON. *(Entrando.)* Apetezco. Usté siempre tan amabilísimo.

ULP. Desde la estúpida niñez, joven rasurador. ¡Repuñales! *(Sacudiendo la mano. Acaba de quemarse otra vez.)* ¡Otra quemadura! ¡La saliva que voy a necesitar!

LEON. ¿Se ha quemao usté mucho?

ULP. No es pa llamar a los bomberos; pero tengo lo mío.

SER. ¿Qué querías, León?

LEON. Pues quería...

SER. ¿La pelliza, verdá? Porque a otra cosa, ¿a qué iba usté a pisar esta casa?

LEON. Sí, señora; pero si no está arreglada, volveré. No tengo prisa.

SER. La tengo yo de no verle a usté más.

LEON. Usté siempre tan..., tan..., tan...

SER. ¿Acaba usté de dar la hora, so pelele?

TER. *(Aparte.)* ¡Uy, pelele!

SER. Ahí va la pelliza, y que se la arregle a usté el hojalatero del cuatro. *(Tirándole la pelliza a los pies.)*

TER. *(Levantándose.)* Deja, yo se la envolveré.

SER. Envuélvete tú el flequillo, rica. ¡A trabajar!

LEON. *(Aparte.)* ¡¡Qué fiera!

SER. Y agüecando, pelmazo.

LEON. Con permiso. *(Recoge la pelliza.)* ¡Adiós, señor Ulpiano!... ¡Adiós, Teresita!...

TER. *(Muy triste, sin moverse de la silla.)* Que no dejes de tomar la manzanilla por las mañanas.

LEON. *(Conmovido.)* Y tú la zarzaparilla por las noches.

TER. Y que no te acuestes del lado del corazón, que sueñas mucho.

LEON. *(Gimiendo y llorando.)* ¡Ay, qué pena!

ULP. *(Aparte.)* ¡Pues sí que están estos pa divorciarse!

LEON. Hasta... otro... día...

SER. *(Colérica.)* ¡Hasta nunca, rediez!

LEON. ¡Adiós, Teresita!

TER. ¡Adiós!

LEON. ¡Adiós!

SER. *(Cogiendo una silla.)* ¡A la calle, leñe!... ¡Pues vaya un sepelio! *(Mutis León por la derecha, asustadísimo por la actitud de Serapia. Teresita rompe a llorar con estrépito.)* ¡Mi madre! ¿Pero es que lloras por ese destripacañones?

TER. No te enfades. Es que no lo puedo remediar.

SER. *(Al señor Ulpiano.)* ¿Qué le parece a usté?

ULP. Muy justo. Después de to es su marido.

SER. ¡Muy bien! ¡Desvélese usté por la tranquilidad de la familia, pa esto! ¡Maldita sea!

ULP. Pero si es que tienes un genio de cuarenta H. P. Transeunte que atropellas, harina que le haces. Es un refrán bizcaitarra.

SER. ¡Ah! ¿Pero es que tengo yo mal genio?

ULP. Malo..., malo, no. Un tanto aciclonao na más.

SER. ¡Está bien! Si no me tocáseis lo que me tocais...

ULP. Lo que te debíamos tocar es un concierto con tres latas amarrás a los rabos de tres mininos hidrófobos. ¡Hay que ver la murga que nos estás dando!

SER. ¡Ave María Purísima!...

TER. Yo no puedo más. *(Vase por la izquierda llorando.)*

SER. Eso es. Vete dentro a llorar. ¡La daba así! Yo no sé a quién ha salido esta chica. Mi madre, que esté en gloria, no era así.

ULP. No evoques, Serapia.

SER. Usté tampoco, porque más placentero no se encolambr

ULP. Explícame el símili ese de placentero, que no lo acabac

SER. Corriente, sincero, candeal, propietario de afeztos a r partir entre tóos los humildes.

ULP. *(Aparte.)* (Esta chica ha bebido o tie metía en la cab za una cinta Gaumont y me la está soltando.)

SER. ¿Y yo, qué soy? Me parece que más buena no respir en el barrio. Y eso que debía tener cerrás hasta las ventanilla de las narices, porque la atmósfera que hay aquí...

ULP. *(Aparte.)* Sigue la cinta. A ésta la doy yo con l plancha. *(Alto. En tono zumbón.)* Bueno, sacrificá: ¿quieres co ser o no quieres coser?

SER. ¿Pero e, que le parece a usté que puedo yo hacer n con estos disgustos que me dan ustés?

ULP. ¡Ah! ¿Conque nosotros?

SER. *(Muy rabiosa.)* ¡Esto no es vida! ¡Esto es un tormen to! ¡Esto es un martirio! ¡Esto es la desesperación! *(Carmel por la derecha.)*

CAR. Saluz y siluetas cariñosas.

SER. *(Al ver a Carmelo, reacciona para quedar hecha un malva, a punto de caérsele la baba.)* ¡Hola, Carmelo!

ULP. *(En voz baja.)* ¡El del sobrero!

SER. ¿Qué dice usté?

ULP. El del sombrero... ancho. ¡Me había comido una eme mujer!

CAR. ¡A los buenos días!

SER. Buenos y agradables.

ULP. ¡Felices y calientes!

SER. ¿Y qué milagro...?

CAR. Ya usté ve: a tomar el vermú.

SER. Pues nosotros aquí, a la faena.

CAR. ¡Siempre apetreaos!

SER. Pero no nos pesa el trabajo...

ULP. *(Aparte.)* (¡A ti qué te ha de pesar!)

SER. Porque, gracias a Dios, nos llevamos muy bien y estamos siempre tan contentas. ¿Verdad..., papá?

ULP. *(Aparte.)* ¿Papá? ¡Unda, qué fina! *(Alto.)* Contentismos.

CAR. A mí siempre me ha tirao el aquel de una familia artista como la de ustés, porque no porque parezca esto una pocilga no va a haber arte aquí. ¡Ya lo creo! Cuántos sastres de lujo habrán empezao peor que ustés.

ULP. Lo de pocilga, me parece un poco entrevelao pa el calificativo.

CAR. Flores del campo que vierte uno cuando quiere de veras.

ULP. *(Aparte.)* ¡Pues te las podías comer!

CAR. Este palacio es el palacio que camelan mis güesecitos.

ULP. *(Aparte.)* ¡Anda, Dios! Antes pocilga y ahora palacio. Este tío está mochales.

CAR. Mi vida aquí será un manantial de goces...

ULP. ¿Un qué?...

CAR. Un manantial o acueducto de goces. ¡Esta tranquilidaz!... ¡Este aire u viento de limpieza y desinfeción que aquí se espira!... Dos gachís como usté y su hermanita, que me mimen en la convalecencia de las cornás, y un papá... berzotas de puro bueno... ¡El delirio! ¡La locura! ¡El apabullen de la dicha!

ULP. *(Aparte.)* ¡El berzotas lo serás tú, so maleta!

SER. *(Completamente derretida.)* ¡Qué bien habla!

CAR. En cuanto que nos casemos, esta casa va a ser la gloria. Va usté a vestir a toa la grandeza y a toa la torería. Mañana le cojo yo a Belmonte por la barbilla y le traigo aquí pa que le tome usté medida de un raso.

ULP. *(Aparte.)* Este tío nos está tomando las guedejas.

SER. Aquí, menos dinero, pida usté de too lo que le sea agradable.

CAR. ¡Dinero! ¡Dinero!... Lo que yo quiero es un hogar tranquilo. Ese es mi kikirikí.

ULP. *(Aparte.)* Pues cómprate un gallo.

SER. Sí, pero salú y pesetas es salú completa.

CAR. Pongan ustés la salú, que aquí estoy yo pa lo demás. ¡Pues menudo estilo taurófilo tié el amigo!

ULP. *(Aparte.)* ¡Qué modesto!

CAR. *(Marcando unos lances.)* De aquí...

SER. *(Con entusiasmo.)* ¡Olé!

CAR. De aquí...

SER. ¡¡Olé!!

CAR. De aquí...

SER. ¡¡¡Olé!!!

CAR. ¡Seis mil!

ULP. ¿Seis mil olés?

CAR. Seis mil licurcias, señor. Se lo dice a usté «El Chico de las Maldonadas».

SER. *(A una seña de Carmelo.)* Papá, ¿voy a la tienda de sedas a por ese carrete de hilo que me hace falta?

CAR. Yo la acompaño a usté.

SER. Si mi papá quiere que salga. Claro que si no quiere que salga, no salgo.

ULP. *(Aparte.)* ¡Sale aunque se lo impidiera un regimiento de bolcheviquistas! *(Alto.)* Sí, anda; vete..., y que te acompañe «El Demandadero de las Monjas».

CAR. ¡«El Chico de las Maldonadas», señor!

ULP. ¡Ah, sí! Es verdad.

CAR. Y ya le puedé usté dar maroma larga, que lo castizo

no se esfuma. Además, que va conmigo. Y yendo conmigo, no hay pollo que se acerque, ni transeunte que la mire, ni marchoso que la gruña una flor. La contraseña es el cementerio; la caña el carrito fúnebre; servidor, el cochero.

ULP. ¡Arrea, niña!

SER. ¡Tira pa alante!

ULP. Sí, porque se hace tarde; y ya sabes que en cuanto tú faltas, aquí no hay humor pa na.

SER. Está bien..., papá. ¡Arzando!

CAR. ¡Arzando! *(Al señor Ulpiano.)* ¿No se molestará usté si en la confitería de Celedonio la doy a ésta unos merengues pa usté?

SER. No; merengues no, Carmelo.

ULP. Ya lo ha oído usté: merengues, no.

CAR. Bueno, pues un dulcecito.

SER. Tampoco. Mira, en el bar de Luis «El Traidor», por treinta galgos, gorrión y copa... Y quedas como los ángeles.

CAR. ¡Como quieras, paloma! Yo lo decía...

SER. Ya lo sé, ¡por mi padre!

ULP. ¿Por mí? ¡A mí qué me importa! Por mí la puede usté convidar, aunque sea a ver «Don Juan Tenorio».

SER. Es que el otro día le dije yo que te gustaban las yemas de coco a cegar. Y como es tan fino...

CAR. He sacao a colación la confitería en el convite, y le pensaba traer a usté media docenita.

ULP. Muchas gracias, hombre..., digo, chico; muchas gracias. Sí que me gustan las yemas, sí; no tanto como para quedarme ciego, como dice ésta; no tanto. Ahora, que si le he de hablar a usté con franqueza, y ya que han salido los pájaros a relucir, en vez de media de yemas, me manda usté media de jilgueros.... Digo, si le es igual.

CAR. Pero que ni media palabra más.

SER. Hasta luego.

CAR. Servidorete. Las aves serán con usté. *(Mutis Carmelo y Serapia por la derecha.)*

ULP. Las aves..., con rumbo hacia acá... Oye..., escogerlos gorditos. *(Acercándose a la puerta.)* Sí..., sí..., gorditos... ¿Qué dices? ¿Que no hay avestruces? ¡Hombre, no los quiero tan grandes! *(Separándose de la puerta.)* Pues, señor, este torerito me escama. Primero llama a esto pocilga. Luego lo llama palacio. Después me llama a mí berzotas, y, por último, me quiere convidar a yemas. ¡No sé, no sé! Ojalá que atarace a la Serapia, que buena falta le está haciendo un hombre para que le siente las costuras. Vamos a ver qué hace la otra pobre. *(Mutis por la izquierda. Leoncito por la derecha. Trae la pelliza que se llevó antes.)*

LEON. *(Entrando muy contento.)* La Serapia con Carmelo el lesahogao. ¡Mi madre! ¡Qué cosas se ven! Y parecía que se lo ba a comer con los ojos. ¡Y han entrao en la tasca del «Traidor»! Me alegro! Bien empleao le está. Esto me desquita a mí de los berrinches que me ha hecho pasar. ¡Conozco yo poco bien al «Chico de las Maldonadas»! Se arreglaba antes en casa del señor Luciano y no pagaba ni con recibo. ¡Me alegro, me alegro y me alegro! *(El señor Ulpiano saca dulcemente cogida de la mano a Teresita, que se cubre los ojos con un pañuelo, como si saliera llorando. Una vez en escena, Leoncito pronuncia cariñosamente el nombre de su mujer. Al oírle ella, se separa de su padre, y corre hacia él. Se abrazan soltando Leoncito la pelliza en el suelo.)* ¡Teresita!

TER. ¡Leoncito!

ULP. ¡Atiza! ¡Si llegase la otra! ¡Menudo lío!... *(Recogiendo el de la pelliza para ponerlo encima de una silla.)* ¡Vaya una de grabaos que iban a traer mañana los periódicos! Me asomaré para avisaros si viene. *(Sale por la derecha y se le ve pasearse por el foro, delante de la ventana.)*

LEON. *(Con ternura.)* ¡Teresita!...

TER. *(Idem.)* ¡Leoncito!...

LEON. Hoy hace quince días...

TER. Hace quince días...

LEON. Salíamos del tupi de Cascorro.

TER. Yo había tomao una medianoche.

LEON. Eran las doce.

TER. Tú habías tomao una papalina...

LEON. Era mi santo.

TER. Te dió el rute por explicarme una película policíaca.

LEON. Y te di una bofetá sin querer.

TER. ¡Acionabas de un modo!...

LEON. Facultades de aztor que tiene uno.

TER. En esto pasó mi hermana.

LEON. ¡Así la pelen!

TER. Venía de entregar.

LEON. De donde venía era de Provisiones, de darle a la mazurka. *(Acción de bailar.)*

TER. El caso es que nos vió.

LEON. Y nos armó el lío madre.

TER. *(Rectificando.)* ¡Padre!

LEON. *(Asintiendo.)* ¡Padre!

ULP. *(En la ventana del foro.)* ¡Aquí está! *(León sale corriendo por la derecha, buscando sitio donde ocultarse, creyendo que viene la Serapia, y Teresita, también temblando, procura esconderse por la izquierda.)* ¿Pero no me habéis llamao?

TER. No, señor.

ULP. Dispensarme. *(Pasea de nuevo por el foro.)*

LEON. ¡Amos, hombre! ¡No vale asustar!

TER. Yo pensé que era mi hermana.

LEON. Y yo también.

TER. ¡Qué susto!

LEON. ¡De los gordos!

TER. ¡Cosas de mi padre! Como estaba ahí...

LEON. Ya sé que está ahí.

ULP. *(Asomándose otra vez loco de terror.)* ¡Aquí está! *(Desaparece para entrar por la derecha.)*

LEON. ¡Chuflón!

TER. ¡Qué pesao!

LEON. ¿No volverás a separarte nunca de mí?

TER. Nunca.

LEON. ¿No harás caso de nadie?

TER. ¡Ni de mi padre!

ULP. *(Entrando.)* ¡Que está aquí!

LEON. ¡Bueno, hombre! ¿Quiere usté un recibo? *(Cruzan por el foro Serapia y Carmelo.)*

TER. ¡La Serapia!

LEON. ¡El tifus!

ULP. Os lo estoy diciendo.

LEON. ¿Dónde me escondo?

TER. ¡Ya está aquí!

LEON. ¡Me he caído! *(Se oculta detrás de Teresita. Por la derecha entran Serapia y Carmelo.)*

SER. Pase usté un poco, Carmelo, con permiso de papá.

CAR. Con la venia.

SER. No había mas que calandrias. *(Con un paquetito que entrega al señor Ulpiano.)*

ULP. ¡Recalandria! *(Aparte.)* No sea que vuelen fritos y todo. *(Se los guarda.)*

SER. *(Que al ver a su cuñado se queda de una pieza.)* ¡Leoncito! *(Fingiendo amabilidad en atención a la presencia de Carmelo.)* ¿Pero, usté aquí?

LEON. No estoy seguro.

CAR. ¡Leoncito! ¿Tú por estos barrios?... ¿Te vistes aquí?

LEON. Sí..., sí, señor... A recoger una pelliza...

SER. ¿Pues no se la había usté llevao antes?

LEON. Sí..., sí, señora... Pero quería tener la seguridad de que me llevaba la mía, y vine a comprobarlo.

SER. ¿A comprobarlo?

LEON. Sí, señora.

SER. *(Aparte.)* ¡Si no estuviera éste aquí!... *(Por Carmelo.)*

CAR. ¿Pero conocen ustedes a este melón?

TER. ¡Oiga usté!...

SER. ¡Tú te callas!... Diga usté que sí... Es un melón... Le conocemos de vista.

ULP. Es un parroquiano nuevo.

LEON. Eso..., nuevo.

CAR. Pues es más desdichao que un viaje en tren botijo. Es barbero. Yo le conocí en uno de los mejores establecimientos de Madrid, donde yo me servía... Por cierto... ¿Te acuerdas?

LEON. ¡Digo! Encomienda, cincuenta y ocho. El amo se acordará de usté toda la vida.

CAR. Y al muy calabaza le echaron porque un vivales, que quería su plaza, empezó a correr la voz entre los parroquianos de que Leoncito estaba viruta perdío. *(Acción de locura.)*

ULP. ¡Pues cualquiera era el guapo que le presentaba la nuez al pollo!

CAR. El que más y el que menos pensaba que le iba a dar la guillaura cuando le estuviese apurando.

LEON. Y na, que se tomaban las navajas por falta de uso.

CAR. Hasta que le tuvieron que decir que tomase el portante.

LEON. ¡Pata que tie uno!

CAR. Y esto todavía pue pasar; pero lo de la boda... ¡Eso..., vamos..., que ni con Zinzano!

ULP. ¿Lo de la boda?

LEON. *(Aparte.)* ¡Este tío me pierde!

CAR. El inocente primo, que se fija en una chavala y que da el morrillazo con ella en la Vicaría. El joven sobador de perillas dicen que iba a la catástrofe, vulgo boda, más ufano que la mar, y más hueco que una caña. La cosa lo merecía. Se casaba con una madrileñita postinera y guapa, y no había mamá política por medio.

ULP. *(Aparte.)* ¡En la que te vas a meter!

LEON. *(Aparte.)* De aquí sale otro juicio.

TER. Muy enterao está usté.

CAR. Bastante.

LEON. A estos señores no les interesa....

SER. Diga usté que sí. Siga usté.

CAR. Pues na..., lo que he dicho, que no tie suegra; pero, pa que se divierta en los ratos de ocio, le ha tocao en suerte una cuñá de chúpate el rescoldo y trágate el ascua.

SER. ¿De veras?

CAR. ¡Un foxterrier rabioso!

ULP. *(Aparte. Apuradísimo.)* ¡Y no se le ocurrirá pasar por aquí un guardia!... *(Desde este momento, la Serapia parece una fiera enjaulada. Los detalles se encomiendan al talento de la actriz.)*

CAR. La tal cuñadita creo que ya el día de la boda le pegó a Leoncito, porque no llevaba bien hecho el nudo de la corbata.

LEON. ¡Es verdá!

CAR. ¡Señores, qué tía!

LEON. *(Aparte.)* Yo me aprovecho. *(Alto.)* Es una bruja, sí señor.

CAR. ¡Su padre!

ULP. *(Aparte.)* ¡Ya estoy yo en el cartel!

LEON. Pues no sabe usté lo mejor, señor Carmelo.

CAR. Cuéntame, cuéntame cosas de esa tía ciclón, que me divierte mucho.

SER. *(Aparte.)* ¡Estoy que me bailan los abuelos!

LEON. Pues que mi inolvidable cuñá me ha metío en un lío de Juzgao.

CAR. ¡Mi madre, qué tía! ¿Y por qué?

LEON. Porque le sentó mal una caricia que hice a su hermana en la vía pública.

CAR. ¡Mal tiro la peguen en la coronilla!

LEON. ¡Y su padre que lo vea!

CAR. ¿Pero su padre también se las trae?

LEON. ¡Es un bragazas!

ULP. *(Aparte.)* ¡Ay, tu sangre, bribón!

LEON. Todavía no le he visto poner la mano encima a la susodicha loba que le falta siempre al respeto y se mete hasta con su calva.

ULP. *(Aparte, poniéndose precipitadamente la gorra.)* ¡Se me van a indigestar las calandrias!

SER. *(Aparte.)* ¡Le muerdo! *(Alto, con fingida amabilidad.)* Ande usté, Leoncito; váyase, que se le va a hacer tarde.

LEON. ¡Ca, no, señora! Precisamente hoy es el único día que no me corre prisa salir de aquí.

CAR. Oye, ninchi: ¿qué años tiene tu cuñá?

LEON. Aberbata lo suyo, señor Carmelo.

CAR. Vamos, tirando a Trevélez, ¿no?

LEON. Sí, señor; tirando.

CAR. ¿Y no será que te tenga rabia porque no te has casao con ella?

LEON. Ha dao usté en la yema. ¡Como que tie envidia de su hermana!

SER. *(Como antes.)* Leoncito..., váyase, que es muy tarde.

LEON. Siéntese usté, señor Carmelo, que no tengo prisa.

CAR. Tenía yo ganas de echar un párrafo contigo.

LEON. Y yo con usté.

CAR. *(Se sientan en la mesa de trabajo del señor Ulpiano.)* Y aquí está uno tan a gusto...

LEON. Aquí está uno en la gloria.

ULP. *(Aparte.)* (Por fuerza este chico está «barlú», como dice el torero. No se comprende de otro modo el desprecio que hace de las muelas.)

CAR. Pues, chico, no quisiera mas que conocer a tu cuñá pa decirla: «Señora, aunque me la diesen a usté forrá en brillantes, iba usté a ser pa el gato».

LEON. ¡Ja, ja, ja!... ¡Sí, señor; pa el gato!

CAR. ¡Es usté la única pa que la rifen en una jaula, ¡so fiera!

LEON. ¡Ja, ja, ja!... ¿Y qué más la diría usté?

CAR. La llamaría pantera y... ¡foca!

LEON. ¿También la llamaría usté foca?

CAR. También la llamaría foca.

LEON. ¡Ja, ja, ja!... ¡Foca!

SER. *(Aparte.)* ¡No puedo más; estoy que voto!

ULP. *(Aparte.)* ¡Vaya un precio que va a tener mañana el tafetán, ¡la bilis!

ZOILA. *(Entrando.)* Muy buenos.

ULP. *(Aparte.)* ¿Qué traerá ésta?

SER. ¿Qué hay, señá Zoila?

ZOILA. Pues na, hija, que hemos visto entrar aquí por segunda vez a tu cuñao, y como lleva un gran rato sin salir, hemos dicho toas las vecinas: vaya, eso es que se han arreglao. Y vengo a deciros que me alegro.

SER. *(Con malos modos.)* Pues se pué usté retirar.

ZOILA. Dispensa si he faltao.

SER. ¡Que se marche usté, señora!

ZOILA. ¡Voy, hija, voy! ¡Qué humos!

SER. ¡Los que se pueden!

CAR. ¿Quién la molesta a usté, alma mía?

SER. *(Risueña.)* No, si no es na...

ZOILA. Dela usté tila a su cuñá, Leoncito.

CAR. Pero, ¿cómo?

ZOILA. Sí, señor, sí. El pobre ha entrao a formar parte de una familia de aúpa. ¡Menuda es! *(Mutis por la derecha.)*

CAR. Pero tu cuñá es...

LEON. ¡La foca presente!

SER. ¡Granuja!

CAR. ¡Mi madre, qué cogía!

LEON. ¡Es de Miura!

CAR. ¡Al callejón, Carmelo! *(Mutis por la derecha.)*

LEON. ¡No me deje usté solo!

SER. Es lo mismo, porque las uñas te las voy a clavar en este momento. ¡Sinvergüenza! *(Teresa se coloca al lado de León. El señor Ulpiano contiene a Serapia.)*

ULP. ¡Serapia, no te pierdas!

LEON. ¡Te advierto que el otro día no llevaba la barbera, pero hoy sí! *(Saca una navaja barbera y se pone en guardia.)*

TER. ¡Leoncito, no te cortes!

LEON. ¡Al primero que se acerque le rebano la nuez!

ULP. ¡Claro, la costumbre!

LEON. Vámonos.

TER. ¿Adónde?

LEON. Al hogar.

SER. ¿Mi hermana? ¡Miau!

LEON. ¡Guau!, digo yo.

ULP. Perros y gatos, fábula.

SER. ¡Teresa!

TER. ¿Qué?

SER. ¡No salgas de aquí con ese soso!

LEON. ¡Teresa!

TER. ¿Qué quieres?

LEON. ¡Sal! *(Teresita coge el mantón y al pasar por delante de Serapia, ésta intenta detenerla.)*

SER. ¿Adónde vas?

TER. Con mi marido.

LEON. ¡Viva tu corazón, chatilla! ¡Trague usté cordilla, so leoparda!

ULP. Oye, oye, que es mi hija.

LEON. Pues consérvela usté en adobo.

SER. ¡Y pase usté amarguras por la familia pa servir de pitorreo!

LEON. Y cuando tenga el señor Carmelo sustituto, o cuando te tropieces con algún desesperao que cargue contigo, no dejes de participarnos el bodorrio, que te haremos un buen regalo.

TER. ¡Un pandantife!

LEON. Eso: un pandantife..., en forma de bozal.

SER. ¡Granuja!... ¡Ladrón!... *(Queriendo pegarle.)*

ULP. *(Conteniéndola.)* ¡Que tiés padre, Serapia!

LEON. No quiero volverte a ver,
porque eres muy indigesta
y me voy con mi mujer.

ULP. ¡Y yo me quedo con ésta!...
(Por la Serapia.)
¡¡Qué juerga voy a correr!!

TELON

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26
Apartado 8.036.
MADRID

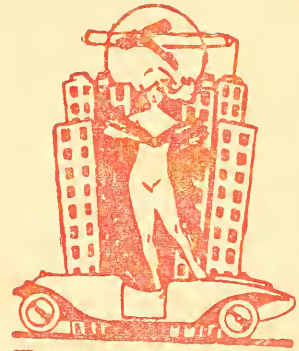
OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00
Pedro Muñoz Seca y **Pedro Pérez Fernández**: Los extremeños se tocan	5,00
Honorio Maura: julieta compra un hijo	5,00
José Francés: Rostros en la niebla	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID